The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.2
S112m

898.2 Saavedra
S112m
Matinal

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

618

MATINAL

Es propiedad.

GREGORIO GUZMÁN SAAVEDRA

MATINAL

(CUENTOS PARA NIÑOS)

TALLERES GRAFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO
SARMIENTO 779 — BUENOS AIRES

1928

Estos cuentos fueron publicados por el diario "La Prensa" de Buenos Aires en sus ediciones dominicales.

Considerando las ventajas inherentes al libro, los he reunido para contribuir mejor, en esta forma, a aumentar la escasa producción literaria que, en el género del cuento fantástico, se dedica a los niños en nuestro país.

Para los niños son, pues, los cuentos de MATINAL y también para los maestros y autoridades pedagógicas a quienes ofrezco las presentes páginas que están hechas de sueños, como todo en nuestra vida.

EL AUTOR.

Buenos Aires, Diciembre de 1928.

389718

PEDRITO

I

Hizo un esfuerzo y consiguió dar algunos pasos más. De nuevo se detuvo, y bajando el palo, en uno de cuyos extremos tenía atado el avío, dijo:

— ¿Por qué no podré andar?

Pensó unos instantes y movió de arriba a abajo la cabeza:

— Ya me lo explico. He caminado diez leguas y estoy cansado. ¿Qué haré?

Otra vez pensó un rato:

— Ah, ya sé...; voy a sentarme por aquí.

El camino que venía recorriendo estaba bordeado de corpulentos árboles y de enredadas malezas. Al pie de uno de ellos se dejó caer y casi inmediatamente el sueño le cerró los ojos. Pero los volvió a abrir sobresaltado por un grito que vino de lo alto:

— ¡Lorenzo!

— ¿Quién es Lorenzo?

— Tú.

— Ah, es verdad... No me acordaba. En fin, seas quien seas, déjame dormir.

— ¿Lorenzo?

El muchacho se incorporó a medias y apoyado en un codo alzó la cara.

— ¿Qué quieres? No tengo nada que darte. Si mucho me molestas ya te pediré yo o te bajaré de una pedrada.

— Antes que tires la piedra, voy a descender.

Se oyó un ruido de ramitas tronchadas, algunas hojas cayeron ondulando despacio y Lorenzo se encontró frente a frente con el viejo Pedrito, un loro verde con varias plumas amarillas, que en los tiempos de esta historia se llamaban canas.

— ¿Tú? — exclamó Lorenzo con los ojos redondos como monedas.

— Yo, — afirmó Pedrito gravemente, encogiendo una pata.

— ¿Tú por estos mundos?

— ¿Te extraña?

— Atorrante...

Pedrito por toda respuesta estiró el pico como hacen los muchachos groseros para señalar alguna cosa, y algo picado por la palabreja, dijo:

— No seas atrevido. Debes respetarme, pues soy cuatro veces mayor que tú. He recorrido todo el mundo, he visto todo lo que hay de bueno y de malo en él y estoy lleno de sabiduría.

— ¿Eres un sabio Pedrito? — se asombró el muchacho, aunque hizo un guiño de incredulidad.

— Ya lo verás. Pero sabio es cosa corriente en

estos tiempos, y no me satisfaría haber llegado a eso solamente después de tanto andar. En un país que dista muchas leguas de aquí, tantas que tú no podrías hacerlas ni en mil años, aprendí la maravillosa ciencia de la adivinación.

— ¿Eres adivino, Pedrito?

— Sí, soy adivino, y no me equivoco nunca en mis predicciones. Esto quiere decir que sé el futuro, pero además penetro en el pasado y no hay para qué decirte que el presente es para mí un libro parlante.

Lorenzo se había sentado con las piernas estiradas y aproximaba tanto la cabeza al adivino que con el aliento le peinaba las plumas.

El viejo loro, pestañeando lentamente y moviendo los dedos de una pata, como hacen algunos profesores en clase, continuó:

— Bastará para convercerte de mi poder sobrenatural que a tí, muchacho ignorante y vago, te enumere la serie de necedades que has cometido hace poco y más antes también.

— A ver...

— En una ciudad a diez leguas de aquí intentaste robar en...

— ¡Calla! — lo interrumpió Lorenzo mirando a todos lados — Te creo y te creeré todo lo que digas. Eres el más grande adivino del mundo, y...

— Y como adivino ya sé lo que vas a decir. Como no conseguiste robar en la casa aquella y las necesidades te aprietan, me vas a pedir ayu-

da... Bueno, calla y déjame hablar. No te puedo dar nada porque nada tengo. Poco es lo que necesito y cuando lo deseo no hago más que estirar el pico para tomarlo. Desdeño la riqueza de los ricos, que no son riquezas para mí, pues si las quisiera las tendría. Esta es una de las cosas que he aprendido y que debieras aprovecharla tú. Mas, triste cosa es para un viejo predicar a los jóvenes los preceptos que sólo se siguen al fin de la vida, y a veces ni al fin. Pero yo no estoy cansado todavía, y ya que me pides que con mi sabiduría te enriquezca, vamos, vamos por el mundo, que a la vuelta tú me dirás si conseguiste provecho.

Lorenzo dió un salto y se puso en pie. Con gran júbilo comenzó a hacer piruetas, pues el cansancio y el sueño se le habían desvanecido.

— Poco a poco, y a no hacer tonterías desde el principio, — aconsejó Pedrito — Mira que los calzones se te desgarran y te veo las carnes. Tú harás todo cuanto te ordene y saldrás con bien en cualquier circunstancia. Y acuérdate siempre de esto: a la primera desobediencia te abandonaré y lo perderás todo, ¿estamos?

— Si, mi patrón, mi señor, mi Dios salvador.

— No, tu Dios no, pero casi. Estira el dedo índice y llámame.

Lorenzo se agachó y dijo:

— Lorito... dame la patita, lorito ..

Y poco después seguían camino adelante.

II

Una serie de graciosas colinas cubiertas de florida vegetación rodeaba la opulenta y nunca bien ponderada ciudad de Karkajaz, capital del reino de su nombre, que en los tiempos de esta historia era tan poderoso como todos los reinos juntos de la tierra.

Desde época inmemorial venía gobernando en Karkajaz la nobilísima rama de los Hamón, pues habían defendido el cetro con uñas y dientes contra infinidad de enemigos de dentro y fuera del país. Todos los Hamón se caracterizaron por su espíritu combativo, gran corpulencia y constante buen humor. Es decir, casi todos, pues por una de esas bromas de la naturaleza, el último de la serie, Kala Hamón III, resultó diferente de los anteriores. Kala Hamón III o Kala III, como se le llamaba por gusto de acortarle el nombre o por cariño, era flaco, menguado de estatura y algo sordo. Pero lo más curioso era su seriedad sempiterna. Nadie, absolutamente nadie lo había visto reir en todos los años de su vida, aunque una de sus ayas aseguraba que el monarca se sonrió una vez mirando no sabía qué cosa debajo de un aparador.

Sin duda, el monarca estaba atacado de tristeza innata. El mismo lo creía así y llegó un momento en que se aburrió de estar serio. Reunió a sus consejeros en la sala de actos del palacio y después de una prolongada discusión resolvió organizar una gran fiesta, cuyo número principal sería un concurso con un solo y estupendo premio: el que consiguiera hacer reir a su majestad, fuere noble o plebeyo, obtendría en el acto la mano de la princesa Tuchimán, primera y última hija del rey serio.

Varios meses duraron los preparativos de la fiesta. Todo el pueblo la esperaba ansioso, muchos para distraerse inocentemente y no pocos con el propósito de ganarse el premio.

Sólo dos personas estaban tristes: el rey, que no tenía esperanza de perder su seriedad, y la princesa Tuchimán, temerosa de entregar su mano al primer badulaque que hiciera reir a su papá.

Por fin amaneció el famoso día.

El sol, oportunamente, se levantó, barriendo con su escoba dorada todas las nubes que manchaban el cielo. De este modo, una gran seda de azul purísimo se extendió sobre Karkajaz, bella de ordinario y entonces deslumbradora, fantástica.

No nos detendremos a describir el pintoresco aspecto de las calles por donde iba y venía una multitud parlanchina y reidora, ni las alegres

caravanas que venían de todos los puntos del reino para tomar parte en la fiesta.

Llegó el mediodía, y en el amplio estadio, donde ya estaba reunido todo el gentío, resonó un gran clamoreo:

—¡Viva Kala III!

El monarca acababa de ocupar su trono portátil que tenía para estas y parecidas circunstancias. A su lado estaba la princesa con los ojos bajos y las manos juntas sobre la barandilla del trono. Los altos funcionarios se amontonaban alrededor de sus majestades, serios y tiesos como cuadra a las gentes de su clase.

Acallados los vítores y saludos comenzó el desfile de los cómicos concursantes.

Pasaron muchos y muy graciosos, tanto que la gente reía a carcajada tendida, y hasta los funcionarios se aventuraban a lanzar una que otra risita sofocada.

Pero, ¡oh desdicha! El rey parecía tener en vez de cara una máscara de hierro. Lo único que hacía era pestañear de tarde en tarde.

Siguieron desfilando los cómicos, pero como la risa cansa como cualquier otra cosa, los últimos se desempeñaban con poco entusiasmo. Algunos hacían una morisqueta insulsa y se alejaban.

La consternación invadía por todas partes.

El rey había levantado el brazo para indicar que todo había terminado, cuando en uno de los

rincones del estadio se produjo un inusitado movimiento.

Un concursante que nadie esperaba, apareció en la trillada arena.

Era Lorenzo.

Un cucurucho de papel en el que lucía una airosa pluma de gallo, le cubría la cabeza. Tenía el rostro embadurnado de hollín y a modo de barba le colgaba un largo manojo de cerdas.

Posado en el hombro izquierdo traía al sabio y adivino Pedrito, quien con aire grave erguía la cabeza mirando al frente. De vez en cuando acercaba al corvo pico a la oreja de Lorenzo y le susurraba:

— Hay que ser oportuno. No te precipites y procede como te he indicado.

Miles de ojos juntaron sus miradas en los recién llegados y un silencio vasto onduló sobre el estadio.

De repente sucedió algo extraordinario.

De todas las gargantas salió una carcajada tan fuerte que hizo temblar la tierra.

Pedrito, siempre situado en el hombro del muchacho, acababa de dar una orden:

— Ahora, corre y arrea.

Lorenzo, obediente, había empujado con un pie a su caballo, gritando:

— ¡Ico... Ico... caballito!... ¡Arre, arre! Que vamos a saludar al rey, al gran rey que no quiere reir...

Dib. de Lamo.

... deteniéndose al fin sobre las patitas traseras...

Nunca en los tiempos de aquel poderoso reino se había visto lo que Lorenzo sujetaba con una larga rienda de seda y con un látigo de junco fustigaba.

Era una rata, una vivaracha y flexible rata cubierta con todos los arreos de un pequeño caballo: freno y estribos de luciente metal, silla de elegantes líneas en cuya cabeza tenía una estrella dorada que brillaba desde la distancia, y armoniosos cascabeles que pendían de las orejas y del cuello de la diminuta cabalgadura.

—¡Ico... ico... ico...!... —repetía Lorenzo agitando el junco y golpeando la arena con sus zapatones claveteados. — La rata comenzó a galopar graciosamente y al llegar cerca del trono dió varios corcovos y revueltas, deteniéndose al fin sobre las patitas traseras y alzando los ojos brillantes hacia su majestad, cuya máscara de hierro se ablandó poco a poco hasta plegarse en débil sonrisa y luego abriendo tamaña boca lanzó una real y sonora carcajada.

El pueblo, que oía por primera vez la risa de su venerado y taciturno monarca, renovó sus manifestaciones de alegría.

— Ahora debes tener mucha serenidad y portarte en forma cuando te sea entregada la princesa — susurró el viejo loro — Inclínate con una gran reverencia ante el trono, pero quítate antes el casco.

Lorenzo movió afirmativamente la cabeza, pues no podía hablar de emoción.

Y en medio de las aclamaciones de la multitud, la blanca mano de la princesa Tuchimán fué entregada al único que había conseguido que riera el poderoso rey de Karkajaz.

III

En el respaldo de un dorado sillón, y recibiendo a través de acristalada ventana las últimas claridades que enviaba el sol por encima de las colinas de Karkajaz, Pedrito hablaba con voz pausada al flamante príncipe Lorenzo.

— Es bueno que trates de moderarte en tus costumbres. Esto ya pasa de castaño a oscuro. Desde el día en que cambiaste tan repentinamente de posición, gracias a mí, no has cesado un punto en hacer alarde de tu fácilmente ganada opulencia. Está bien que aproveches lo que muy pocos poseen y te des una regalada vida, pero no en la forma que tu procedes. Además, conozco tus intenciones respecto a su majestad.

Lorenzo se levantó bruscamente del cómodo diván en que se hallaba recostado y golpeando nerviosamente el suelo con sus blancos zapatos, gritó:

— ¡Me estás cansando con tus impertinentes consejos! Yo sé lo que me conviene y no estoy ya para oir a un pajarraco como tú. Bastante tiempo te he soportado .No tienes ningún derecho sobre mí y si algo te debo bien pagado estás con haberte tenido en mi palacio como un gran señor. Ahora, te ordeno que te alejes de mi augusta presencia y abandones inmediatamente la ciudad.

El loro abrió tamaños ojos y agitó las alas asombrado.

— ¡Cómo! — exclamó. — ¿Conque me tratas de este modo, a mí, a quien debes todo lo que tienes? ¿Ya no te acuerdas de lo que me prometiste? ¿Es este el pago que das a tu salvador, como me llamaste aquella vez?

— Yo no sé nada de tí, y basta.

Cogió el príncipe un palillo y dió con él en una campanita que sonó alegremente.

Aparecieron dos corpulentos guardias armados de garrotes y cuchillos, e inclinándose hasta el suelo dijeron:

— Mande, su alteza.

— Saquen de mi augusta presencia a ese bicharraco y si se resiste rómpanle la cabeza.

Los guardias se adelantaron hacia Pedrito con los palos en alto, pero éste voló hacia la ventana y revoloteando en el cuadrado de luz chilló:

— Hasta la vista, alteza. Pero recuerde que antes de mañana se cumplirá mi predicción: el

día que me desobedezcas te abandonaré y lo perderás todo.

Y abriendo con una pata la ventana salió al aire libre, y poco después era un punto sobre las colinas, que ya se oscurecían con las primeras sombras de la noche.

Lorenzo se quedó un rato mirando alejarse a Pedrito. Cuando se volvió los guardias habían desaparecido y en el salón comenzaban a invadir las sombras.

Iba a llamar para que encendieran las luces, cuando con gran estrépito se abrió la puerta principal, y un vozarrón retumbó estremeciendo los cortinajes.

—¡En nombre de su majestad Kala III, está su alteza prisionero!

Doce soldados hicieron irrupción y en un segundo maniataron al sorprendido Lorenzo y lo sacaron en peso, haciendo un formidable ruido de armas.

¿Qué había sucedido?

En los tiempos de esta historia, ya muy lejanos, los reyes procedían de un modo violento en todas sus determinaciones. Kala III fué informado por uno de sus consejeros que el príncipe tramaba una conspiración contra el trono, valiéndose de algunos traidores, que nunca faltan en un gran reino, y como lo que más estimaba su majestad era el cetro, no tuvo miramientos con el yerno

y le mandó aplicar el castigo sin trámites de ninguna especie.

Las órdenes de Kala III se iban cumpliendo, como se ha visto, Lorenzo, despojado de todo lo que tiene un príncipe, fué vestido con su traje viejo y roto, y en forma no muy suave fué conducido a las afueras de la ciudad e internado en un espeso bosque, donde amarrado a un árbol lo dejaron para ser devorado por las alimañas, que en aquel lugar abundaban.

La noche había invadido todo el aire y el pobre condenado, sumido en la más densa oscuridad, se revolvía entre sus fuertes ligaduras.

— ¡Ay de mí! — gemía con la cara bañada en lágrimas. — ¡He aquí donde me ha traído mi mala suerte! ¡Tan bien que me hallaba en el palacio del rey, harto de todo y dueño de cuantiosas riquezas! Esto es obra, sin duda, del malvado Pedrito. Él es el único que sabía mis intenciones, y se las comunicó al Kala ese. Seguramente él conoce mi situación, pero ya no se ocupará de mí... ¡Qué oscuro está todo esto!... Las fieras no tardarán en llegar y me comerán... Y estas cuerdas que parecen de hierro .. Es inútil, ha llegado mi hora.

Mientras se lamentaba de este modo, oyó un ligero ruido como si alguien avanzara cauteloso entre las malezas. El corazón se le encogió de terror y un frío le anduvo por todo el cuerpo haciéndole tiritar. Ya se veía convertido en muchos

pedazos que las alimañas se llevaban en distintas direcciones.

Pasaron unos minutos y en vez del ruido de leves pisadas, percibió un crujido como si finos dientecillos trituraran alguna madera.

Ya comenzaba a inquietarse, cuando oyó una vocecilla de vieja que le subía desde los pies y decía:

— No te asustes y espera un poco que ya termino por este lado.

Lorenzo creyó que aquello era un sueño, pero una alegría sin límites se apoderó de su corazón al sentir que tenía los pies libres.

— Calma, que ya termino por este otro lado, dijo la vocecilla desde más arriba.

Al poco rato, Lorenzo tenía las manos desatadas. Se volvió vivamente y en la oscuridad vió dos puntos redondos y brillantes.

— ¡Oh, mi caballo! — exclamó alborozado — ¡Mi pequeño salvador!

La rata del concurso, pues ella era en efecto, se subió por las piernas del muchacho y este la tomó entre sus manos.

— ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

— Ante todo, vamos saliendo del bosque, que no es cosa de perder el tiempo en averiguaciones, — dijo la rata, golpeándole con una patita en el hombro.

El muchacho se dió cuenta de que el peligro no había pasado aún y echó a correr tropezando

en las ramas que se obstinaban en rasguñarle e impedirle el paso.

Cuando llegaron a un camino, la rata le ordenó que se detuviera:

— Descansa un momento, que mucho tienes que andar para llegar a tu pueblo.

— ¿Cuánto me resta, caballito?

— Voy a hacerte una aclaración. No soy caballito ni mucho menos. Debes saber que estás ante la reina bruja de un país muy distante. Vine a Karkajaz invitada por el sabio Pedrito. Hace muchos años vivió en mi palacio, y tuve oportunidad de apreciar sus altas dotes. Mucho de lo que sé me lo enseñó él, y además, le debo otros valiosos servicios.

La rata se atusó el fino bigotito y componiendo la garganta, continuó:

— Yo sé todo lo que ha ocurrido entre ustedes y no tengo para qué decir quien es el culpable. Pero mis buenos sentimientos no han permitido que sufras un castigo tan cruel, aunque bien merecido lo tenías. Nadie más que yo podía salvarte y lo he hecho con gusto, en la creencia de que sabrás corregirte en lo sucesivo. Eres muy joven y a tu edad se cometen muchas faltas; pero los hombres, casi siempre no se avienen a perdonarlas. Ten presente que si vuelves a las andadas no tendrás un sabio como Pedrito que te proteja, ni una reina como yo que te salve.

Dicho esto, descendió ágilmente a tierra y cortó una plantita que crecía a la orilla del camino.

— Ponte estas hojas en el bolsillo y cada paso que des te valdrá por cien. Así llegarás más pronto a tu pueblo. Y andando, que tengo mucha prisa, pues asuntos importantes me reclaman en mi país. Adiós.

Lorenzo tomó las hojas y besando una patita de la rata, le dió las más expresivas gracias, prometiéndole que aprovecharía la dura lección recibida.

Se separaron tomando rumbos opuestos, y mientras a pasos que valían cien, el muchacho se encaminaba a su pueblo, sintió que se le abría en el corazón una purísima y blanca flor de gratitud y de bondad.

LOS TRES AMIGOS

I

Mirando la corriente del río, Daniel, el de los ojos azules, se quedó unos instantes pensativo. Un viento fresco le jugaba en los cabellos anillándolos en doradas volutas.

— Si eso fuera verdad... — murmuró.

Cristián, el de los ojos pardos, cogió un puñado de hierbas de la barranca en que estaban sentados y dijo:

— Es tan cierto como esto.

— Con una pequeña diferencia — replicó Rodolfo, el de los ojos negros, alzando la diestra nudosa y fuerte — Las hierbas se cortan así, con facilidad, mientras que aquello ha de costar mucho trabajo.

Las aguas del río formaban graciosos hoyuelos al pie de la barranca y pasaban balanceando sus espumas amarillas tal como ocurre ahora. Los ríos siempre son iguales. Aunque pasan los años, ellos corren del mismo modo. Y han pasado muchos desde aquella mañana en que los tres muchachos, reunidos por un deseo común, se aprestaban a

acometer la más extraordinaria hazaña de aquellos lejanos tiempos.

Cristián, el día anterior, había escuchado con profunda atención al anciano que llegara a la casa de sus padres en traje de peregrino, barba blanca y ojos oscuros y luminosos. Habló de una lejana isla a la cual a ningún hombre le era posible llegar por más que fuera valiente y tuviera mucho empeño en ello. Situada en medio de aquel río, allí donde sus aguas se mezclaban con las de un extenso mar, estaba poblada de seres extraños, fieras y salvajes cuya única misión era la de guardar un tesoro. Nadie sabía de qué naturaleza era éste, pero el anciano lo suponía un magnífico don del cielo destinado a permanecer oculto a toda mirada codiciosa y alejado de cualquier contacto impuro. Cristián no necesitó saber más para emprender la aventura. Pensó en quiénes podrían secundarle con eficacia y eligió a Rodolfo y Daniel, dos buenos amigos y fieles compañeros. En anteriores ocasiones supo apreciar en ellos estas cualidades, tan raras de encontrar entonces como en los actuales tiempos.

— ¿Estará muy lejos esa isla? — preguntó Daniel.

— El abuelo dijo que en un año se llegaría, saliendo de aquí, pero que hay un medio de hacer el camino más pronto. En aquel recodo del río, casi cubierta por las plantas, está una barca cui-

dada por un animal de brazos largos y peludos y una cola como látigo.

— Será un mono.

— Debe ser.

Rodolfo sacudió los puños apretados y exclamó:

— La barca es nuestra. Yo me encargo del mono.

— Mira que si te vence nos comerá a los tres.

— No hay que asustarse. Este es el primer peligro y de seguro el menos grave. Tengo confianza en mis fuerzas, y si para esto no sirvo, mejor haría en quedarme en casa.

— Tienes razón — dijo Cristián poniéndole una mano en el hombro — Tú eres el de los fuertes músculos. Esta lucha te servirá de ejercicio. ¡Quién sabe en los afanes en que te verás más tarde! Andando, pues. Tú, Daniel, ve juntando frutas para el viaje.

— ¿En las dos bolsas?

— Sí, y llénalas bien, que siempre serán escasas.

Rodolfo, el de los ojos negros, abría la marcha con los brazos dispuestos a vencer. Cristián, el de los ojos pardos, le seguía, atento a todo rumor de peligro y detrás. Daniel, el de los ojos azules, iba cortando frutas de las ramas cargadas y escuchando los latidos de su corazón ansioso por la emoción desconocida.

Y el aire de la mañana, como el río, siempre

el mismo, los envolvía cariñosamente en su ondulante malla saturada de olor a plantas y de claridad de sol recién nacido.

II

Los dos rodaron abrazados estrechamente al fondo de la barca que se inclinaba ora a un lado ora al otro. Chillaba el mono haciendo crujir los largos dientes. Rodolfo le ceñía los brazos al cuerpo cortándole la respiración y esquivando las furiosas dentelladas, aunque no pudo impedir que una de ellas le llevara un mechón de cabellos.

— ¿Me entregarás la barca? — bramaba el muchacho, sudoroso y agitado por la fatiga.

El mono, sintiendo que en el pecho ya no le quedaba sitio para el aire, comenzó a aflojar los brazos.

— Me has vencido — dijo débilmente — Déjame... que me ahogas.

Pero Rodolfo, sabedor de la astucia de los simios, no lo soltó hasta que Daniel, viéndole los ojos revueltos y la lengua fuera, gritó:

— ¡No lo mates!... Ya no puede hacernos daño.

Con unos flexibles y fuertes tallos de trepadoras ataron al vencido barquero y lo sacaron a la orilla del río. Luego, arrastrándolo hasta un

árbol, lo amarraron a su tronco. Pero grande fué la sorpresa cuando notaron que el mono ya no era tal, sino un viejo de larga y enmarañada cabellera que les sonreía bonachonamente.

— No tenéis necesidad de sujetarme, valerosos muchachos — dijo — Ya que me habéis vuelto a mi primitiva forma debo agradeceros este inmenso servicio. Hace quinientos años que me convirtieron en mono y me encargaron la custodia de la barca veloz. Nadie hasta ahora pudo apoderarse de ella, pues aunque muchos y valientes hombres lo intentaron, en mis brazos hallaron pronta muerte. Ya sé que vosotros, como todos esos infelices, vais en busca del tesoro de la isla. Si en efecto habéis tenido buen principio al vencer el primer obstáculo, no creáis por eso que llegaréis a cumplir vuestro propósito. Os tengo lástima. Sois bellos y audaces, pero esa barca os llevará sin duda a la isla y también a la muerte. Estoy seguro de ello.

El viejo lanzó un gemido.

— Me habeis ajustado mucho estas cuerdas. ¿Por qué no me las cortais? No os haré ningún mal.

Daniel, compasivo, se acercó, pero Cristián lo detuvo con un gesto. Acababa de descubrir en el prisionero una aviesa intención.

— Déjalo — ordenó — No es el caso de andar con lástimas. Partamos.

En seguida los tres muchachos saltaron a la barca veloz, que apenas libre de la amarra se

colocó en medio del río y se deslizó rápidamente corriente abajo.

III

Tres veces el sol había pintado las nubes mañaneras de carmín y oro, y otras tantas la noche oscureció el aire encendiendo las estrellas del cielo.

La barca, impulsada por una fuerza extraña, era una exhalación sobre las aguas, y ante los ojos, asombrados de Daniel aparecían y se alejaban bellísimos paisajes, sin darle tiempo para admirar los bosques de robustos árboles, las extensas planicies alfombradas de césped y las onduladas colinas en cuyas blandas laderas pacían innúmeros rebaños de animales desconocidos.

El muchacho, con los codos en la barandilla de popa y la cara apoyada en las palmas, permanecía extasiado ante el cambiante espectáculo del río, en tanto que Rodolfo y Cristián en el extremo de proa conversaban animadamente.

— Esto es andar ligero, ¿eh?

— Y con todo, aun no se distingue la isla.

— Me dijiste que está lejos.

— Allí donde el río se toca con el mar. No ha de faltar mucho. Según mis cálculos hemos hecho mil leguas.

— No es mucho.

— ¡Qué ha de ser!

— Al paso que vamos . .

Daniel, de pronto, dió un grito.

— ¡Mirad. . . ! ¡Mirad. . !

En la blanca estela que iba dejando la barca acababa de asomar una cabeza horrible.

— No asustarse — aconsejó Rodolfo tomando fuertemente del brazo a Daniel, que casi cayó de espaldas. y agregó:

— Yo me encargo del bicho. Cristián, desprende tu remo y ponte en guardia. Daniel, cuida de las frutas y deja de temblar.

Entretanto el animal, que nadaba tan velozmente como la barca, logró alcanzarla con un poderoso salto y sacando dos, tres, diez brazos como víboras ponzoñosas se asió con ellos de la popa.

Era para infundir espanto al más valiente y Rodolfo sintió achicársele el corazón cuando de las abiertas y colmilludas fauces del enemigo salió un como rugido de león.

Pero se recobró y de sus ojos negros se escaparon destellos de coraje.

— ¿Qué quieres de nosotros? — gritó apretando el remo — ¿No sabes quiénes somos? Yo, el vencedor del mono; Cristián, el remero incansable, y Daniel, el juntador de frutas. . .

Otro rugido más potente que el primero le respondió y diez brazos más se retorcieron sobre la

borda. La barca se inclinó hacia el pesado salvaje del río, levantándose por la proa, donde Daniel se abrazaba a sus bolsas y tragaba saliva para que no se le saliera el corazón por la boca.

Rodolfo no esperó otro rugido ni otra decena de brazos. Levantó su remo y lo dejó caer con furia sobre una de las víboras. Entonces sucedió algo maravilloso: desprendida de su cuerpo comenzó a dar saltos en el fondo de la barca, y repentinamente se convirtió en una paloma esponjosa y blanca, Aleteó alegremente y haciendo "uh... uh..." se elevó por el aire.

El monstruo abrió tamaños ojos por los que le salieron dos llamitas de rabia. Pero no era ya ocasión de fijarse en esas minucias.

El remo golpeó consecutivamente los brazos restantes y a poco veinte pares de alas hicieron en torno de los aventureros regocijado murmullo. Cuando el último se levantara, el cuerpo mutilado se hundió en el río como un saco lleno de piedras.

—¡Uh...uh! —decían las palomas entrecruzándose en graciosos vuelos. —¡Uh... uh!... Los buenos amigos nos dieron la libertad... Ahora nos iremos a nuestra casa, en la isla del tesoro, que ya está cerca. ¡Uh... uh!...

Daniel batió palmas aplaudiéndolas. Era tan suave la voz de las víboras hechas palomas como la música que el viento tocaba en los cañaverales de su país. El corazón vuelto a su sitio, ya tran-

quilo, le cosquilleaba haciéndole reír y brotar lágrimas de alegría.

— Basta de aplausos — aconsejó Cristián — Ahora debemos estar alerta, que la isla ya se ve.

En la línea del cielo y del agua, una mancha gris se agrandaba a medida que la embarcación corría hacia allí.

Dispuestas en orden abierto las veinte palomas, repitiendo sus ¡uh... uh!... se empequeñecían rumbo a la isla, adonde llegaron como anuncio de que seres extraños iban a la conquista del inviolado tesoro.

IV

Amarrada la embarcación en una aguda piedra, los tres amigos bajaron a la isla por la parte en que las olas del mar chocaban con la serena corriente del río. Por este lado una alta muralla la defendía como los bastiones de una fortaleza, y por el otro una masa de rocas desiguales oponía un obstáculo natural a cualquier tentativa de escalamiento.

— En verdad amigos — dijo Cristián rascándose la barbilla algo perplejo — no parece cosa sencilla esto de conquistar tesoros.

Rodolfo, cruzando los brazos musculosos, clavó sus ojos negros en las rocas.

— Si fuera fácil no valdría la pena de venir de tan lejos. Yo me encargo de esta parte del trabajo. Mis fuerzas son grandes y para algo deben servir.

— Muy bien, compañero — aprobó el de los ojos pardos — Tú tratarás de subirte por acá. Yo buscaré la puerta de la muralla, que sin duda debe tenerla, mientras Daniel se quedará en espera de los resultados, cuidando la barca.

— ¿Me dejaréis solo?

— Es preciso. Tú, siempre lleno de temores. Ya te avisaremos si encontramos un medio de invadir esta mole. Mantente con los ojos abiertos y si algún peligro te amenaza no tienes más que llamarnos.

Daniel los vió alejarse cada cual por su lado. En sus grandes ojos azules se reflejaba la luz del mediodía, la isla con su muralla y sus rocas, la silueta de Rodolfo que se encogía y alargaba subiendo siempre, y el cuadrado de una ventanita en cuya penumbra se agitaba la rama de una pequeña planta brotada en los intersticios de las piedras. Por esa ventana salió una voz que al principio se parecía a la de las palomas. Prestó atención poniéndose una mano detrás de la oreja y pronto se dió cuenta de que una mujer cantaba.

— ¿Quién será? — se preguntó — ¿Acaso la dueña de las palomas? ¡Si pudiera subir hasta allí! Pero... ¿y la barca?

La canción era muy triste y por algunas pa-

labras que alcanzó a percibir, el muchacho comprendió lo que ocurría. Si... Era una niña a quien sus enemigos tenían encerrada en una celda.

Sin vacilar un instante se acercó a la muralla, vió que en los intersticios de sus piedras podía afianzarse y haciendo prodigios de equilibrio se llegó hasta la ventana, introduciéndose bonitamente por ella.

El canto cesó y poco después un gran ruido reemplazó a las dulces melodías.

Algunas horas después, Cristián y Rodolfo, debajo de unos corpulentos árboles, dábanse noticias de lo que les había sucedido.

— Dí con la puerta — decía el primero — Es de hierro y bronce. No tiene aldaba ni cerradura..., lisa, toda igual. Buscando cómo abrirla estaba cuando sentí detrás de ella un pataleo que hizo retumbar el suelo. Luego el ruido alejándose se perdió. No quise hacer cálculos ni otras formas de perder la oportunidad. Empujé con todas mis fuerzas y la gran puerta se abrió muy despacio.

— Pues a mí — empezó explicando Rodolfo — me ha ocurrido algo parecido. Cuando llegué a lo alto de las rocas oí voces, aullidos, golpes y un como tropel de caballos a la disparada. Receloso, me asomé sobre un pequeño parapeto en que termina el barranco y vi un terreno llano, bien limpio, como los patios barridos, pero muy ancho. Lo atravesé no sin tomar precauciones y...

— ¿No diste con nada importante?

— Al llegar al otro lado del patio pude abarcar con la mirada toda la extensión de la isla. En el mismo centro descubrí una torre cuadrada de paredes brillantes. Parecía de vidrio. Pero como estaba tan lejos no distinguí lo que había dentro de ella. ¿Acaso lo sabes tú?

— ¿Por qué no? En esa torre, según dijo el abuelo de la barba, está guardado el tesoro. Ya que hemos penetrado en la isla con tanta facilidad, cosa que ni soñaba, vamos a asegurarnos si a la salida no se nos presentarán dificultades... ¡Calla!... Me parece oir rumores por aquel lado. Sí... veo que algo se mueve cerca de la muralla. Ocultémonos aquí.

Los muchachos se agazaparon en unos matorrales.

En el camino que se extendía hasta el bosque apareció un centenar de gigantescos monos, más grandes y peludos que el de la barca. Movían los brazos como largos remos y levantaban polvo con las anchas patas. Hacían toda clase de morisquetas y de rato en rato alguno se ponía a chillar abriendo la bocaza como se si riera de rabia.

En efecto, los monos avanzaban furiosos.

— ¿Qué es lo que traen delante? — preguntó Rodolfo con un poco de angustia.

Cristián apartó con cuidado las ramas y miró.

— Han tomado prisionero a Daniel — dijo, volviendo hacia su amigo la cara sombría y entristecida.

— No debemos abandonarlo.

— Muy bien. Yo me encargo de eso.

— Te ayudaré.

— Me basto solo. Si por una barca acogoté a uno, por mi compañero puedo luchar contra mil. Ya verás.

Y se lanzó al camino con los brazos en alto y los puños amenazadores.

Los dos corpulentos simios que conducían a Daniel, al ver al muchacho de los ojos negros, dieron un gran aullido y se detuvieron apretándose sobre el pequeño cortador de frutas. Los noventa y ocho restantes sumaron sus aspavientos y se reunieron en varios corrillos a deliberar sobre el mejor modo de desembarazarse de los intrusos. Resolvieron el más adecuado, es decir, el contundente, y todos se abalanzaron sobre Rodolfo, que en un momento se encontró envuelto en un torbellino de brazos y patas peludos y una gran nube de polvo que el sol declinante pintaba de amarillo.

Toda la isla se estremecía por el ruido de la pelea. Gritos, imprecaciones en una jerga desconocida, silbidos, bramidos, todo junto se levantaba del lugar de la gresca.

Cristián empezó a sentir desconfianza por la suerte de su amigo y ya estaba por acudir en su auxilio, cuando se detuvo lleno de estupefacción.

El silencio se había hecho de pronto. Los monos se apartaban lentamente formando un círculo al-

rededor de Rodolfo, que se debatía en el suelo enlazado con brazos y piernas a una forma blanca y vaporosa. Cristián fijóse en su amigo, que todo desgreñado, crujiéndole los dientes y sangrando por la nariz, levantaba y bajaba los puños, como martillos.

— ¡Me rindo! — dijo claramente la forma blanca. — ¡No me mates! Has roto el encanto...

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, los monos se transformaron en escuálidas viejas de pelos ralos y amarillentos, cubiertas con largas túnicas blancas.

Las dos que sujetaban a Daniel se miraron en silencio y, repentinamente, soltaron su presa, yendo a reunirse con las otras viejas.

Rodolfo gritó:

— No te largaré si no me prometes entregarme el tesoro.

Y como la promesa se hiciera, se apartó de la forma blanca, que era la vieja más brava que apareciera sobre la tierra en aquellos remotos tiempos.

— Esta tarde — dijo, arreglándose los mechones amarillos que le estorban la vista — se hará la ceremonia, y cuando ésta haya terminado, podréis llevaros el tesoro.

— Quiero que me digas — ordenó Rodolfo — en qué consiste eso.

— ¡Ah, no! — sonrió la vieja con su boca de calavera — Lo veréis a su tiempo.

Y dando una gran voz, hizo alinear a sus congéneres a lo largo del camino.

La tarde coloreaba el cielo con tonos del poniente. Una brisa fresca venía del lado del mar haciendo estremecer levemente las hojas de los árboles y las túnicas blancas de los monos conversos.

Los tres muchachos, tomados del brazo, caminaban a retaguardia.

A lo lejos, las últimas luces del día hacían brillar las paredes de la torre que Rodolfo descubriera y donde había de desarrollarse el más extraordinario suceso de esta historia.

V

— ¿Era bella la niña, Daniel?

— Tanto como esta luna que nos alumbra. Apenas pude verla un instante, porque los guardianes me arrojaron al suelo en cuanto puse el pie en la celda. Lo más raro es que desapareció del sitio en que estaba, como si la hubieran tragado las paredes.

— ¿De modo que yo no podría encontrarla? — preguntó impaciente Rodolfo, mirando la muralla que blanqueaba a lo lejos por la luna.

— No, amigo. Las viejas nos dirán luego dónde está y nos la entregarán.

— ¿Lo crees así, Cristián? — suspiró Daniel, el de los ojos azules.

— Somos los dueños de la isla y las viejas nuestras esclavas. Atiende, que ya comienza la ceremonia.

Alrededor de la torre de vidrio las escuálidas mujeres se apretaban en estrecho círculo alzando y bajando los brazos a un tiempo. La que luchara con Rodolfo daba vueltas gesticulando y diciendo palabras incomprensibles para los aventureros, que miraban con curiosidad y recelo la extraña pantomina.

La vieja parecía cada vez más agitada. A través de las trasparentes paredes un humo negruzco se hinchaba en lentas ondulaciones.

En ese momento los muchachos oyeron sobre sus cabezas, entre un batir de alas, unas voces conocidas. Eran las palomas que el remo de Rodolfo libertara del monstruo rugidor.

— Tened cuidado — decían. — Os están engañando... Tened cuidado. Nuestra bella amita morirá esta noche por el humo venenoso...

Los amigos se sobresaltaron. Rodolfo, el de los fuertes músculos, alzó el rostro iracundo hacia las mensajeras, y dijo:

— Decid a vuestra ama que nada tema. Yo me encargo del humo.

— Pues el remedio está en apagar el fuego — sentenció Cristián — Ahora la tarea será para los tres. Adelante, y suceda lo que haya de suceder.

Desde la pequeña elevación donde estaban, los muchachos se lanzaron a la carrera. Llegados al círculo de las viejas, Cristián y Daniel se detuvieron, pero Rodolfo se precipitó como un ariete, derribó a cuatro de ellas y cayó a su vez enredado en las flotantes túnicas.

La lucha fué tremenda.

Rodolfo se debatía entre los flacos brazos que trataban de ahogarlo y, al fin, haciendo un gran esfuerzo, consiguió tomar a una de las escuálidas por un pie, e incorporándose la volteó sobre su cabeza, golpeando con su improvisada arma a las que tenía más cerca; entonces fué un crujir de huesos, y gritos y blasfemias.

En uno de tantos saltos que daba Rodolfo para esquivar las acometidas de la furiosa turba, fué a chocar con la cabeza contra una de las paredes de la torre. Y sucedió algo inusitado. Todos los vidrios de que estaba hecha estallaron en miles de fragmentos y la luz de la luna iluminó una escena completamente diferente.

De pie, detrás de una mesa, apareció el viejo peregrino que contara a Cristián la historia del tesoro. Era el mismo, con su barba blanca y sus ojos oscuros y luminosos. Junto a él se erguía, majestuosa, una hermosísima mujer que Daniel reconoció inmeditamente. Sobre la mesa había una bolsa en cuya entreabierta boca brillaban innúmeras monedas de oro y plata, y al lado, en un tiesto de barro, antiguo como esta historia, un rosal

nacido y crecido en aquel instante abría al aire, al mar y a la luna la maravilla perfumada de su primera flor.

— Hijos míos, — dijo el anciano con ademán solemne. — He aquí el tesoro que guardaba la isla, para vosotros, desde hace quinientos años. Voy a repartíroslo y a cada cual le tocará lo que le corresponde. La bolsa de monedas para tí, Rodolfo el fuerte. Es riqueza que se concluye, pero que el esfuerzo la torna duradera. La niña, bella entre las bellas, para tí, Daniel el sensitivo. Es riqueza de amor y dura como la vida. Es buena, y la bondad de tu corazón la hará mejor. La planta para tí, Cristián el pensativo. Ha dado ya una flor, la primera. Tú te encargarás de cultivarla y con el tiempo habrá rosas para toda la tierra.

Esto dijo el anciano y desapareció, dejando en el ambiente un perfume de tierra mojada por la lluvia y de viento que trae semillas voladoras del otro lado del mar.

Al día siguiente, los tres amigos, con su bien adquirido tesoro, se embarcaron de regreso a su país.

Veinte palomas los acompañaron incansables como una escolta alada y dieron las albricias de este feliz suceso.

Y aquí concluye, queridos niños, la historia de los tres valerosos amigos que viven aún, pues si queréis encontrarlos no tenéis más que buscar en vuestras almas, que en cada uno de vosotros

hay un Cristián, un Rodolfo y un Daniel dispuestos siempre a las heroicas aventuras, porque con el pensamiento, la voluntad y el corazón unidos podéis conquistar los más ocultos tesoros de la tierra.

LOS DOS TALISMANES

I

El brujo Simón cumplía precisamente sus cien años cuando, al irse a dormir, le sobrevino un ataque y falleció en seguida.

Su sobrina, una señora alta y arrugada, era toda la familia del brujo Simón y, por lo tanto, la única heredera de su fortuna, que al decir de los vecinos, alcanzaba para comprar doce ciudades y sobraba dinero.

Harpina se llamaba esta señora, o quizás fuera un apodo, pues por su flacura se parecía a un harpa.

—¡Dichosa Harpina! — exclamaban los vecinos, envidiándole las riquezas que iba a heredar.

Se llevó el cuerpo de Simón al cementerio, y por la noche, cuando todo estaba silencioso, Harpina comenzó a registrar la casa.

No dejó mueble sin abrir, ni hurgar nerviosamente.

Pero en vano la sobrina del difunto se rompió

las uñas y consumió una docena de velas. No pudo hasta el amanecer dar con la fortuna ansiada.

Después de arreglar los muebles que había revuelto y cambiado de lugar, se preparó a recibir las visitas de pésame, que no tardarían en llegar.

En efecto, como ocurre siempre que muere un rico, o que se hizo pasar por tal, esas visitas fueron numerosas, y eran tantas las demostraciones de dolor que hacían a Harpina, que la rica heredera tuvo que llorar sin ganas.

Mientras lloraba, deseaba de todo corazón que se fueran las visitas para seguir buscando su herencia.

Llegó la noche, las visitas se fueron con el pañuelo en los ojos, y Harpina continuó sus pesquisas.

Como no había descansado desde hacía tres días, el sueño la dominó, y mientras hurgaba en una cómoda se quedó profundamente dormida. En sueños se le apareció el difunto tío, vestido con un gran sudario blanco y le dijo:

— Harpina: busca en la caja de ébano; ahí dejé mi fortuna; aprovéchala.

La mujer se despertó y corrió al aposento donde estaba la caja de ébano, la abrió y ¡oh desencanto! en vez de los montones de oro que creía encontrar sólo había un cinturón de cuero, desteñido y agrietado, con una gran hebilla de latón en forma de rombo.

Harpina casi se desmayó de pura rabia, y

cuando se repuso de su triste sorpresa, cogió el cinturón y con violento esfuerzo lo arrojó por una ventana a la calle.

Lanzando gritos de furor y llorando a mares se fué luego a su cuarto, metió alguna ropa en una cesta y salió de aquella casa, donde sólo había pasado sinsabores y toda clase de escaseces con la esperanza de que, a la muerte de su tío rico y avaro, podría quedarse con toda su fortuna.

Varios pilletes la vieron perderse calle abajo y uno de ellos dijo:

— Esa es la sobrina del brujo Simón.

— Se ha quedado con toda la fortuna del avaro — aseguró otro.

— Que se quede con ella — gritó un tercero; — pero aquí tenemos que saber cuál de nosotros se quedará con el cinturón que acabamos de encontrar.

— Yo lo vi primero.

— No es cierto; fuí yo.

— Lo mejor es que el cinturón sea para el que le venga justo.

Comenzaron a probárselo; a uno le sobraba un palmo, por más que hinchaba la barriga; a otro le faltaba una pulgada y no conseguía prendérselo. Así, resultó que a ninguno le venía bien el cinturón.

En esos momentos pasaba cerca un muchacho de aspecto triste, con la cabeza inclinada y arrastrando los pies desnudos.

— Oye, Arnaldo — llamaron los pilletes.

Arnaldo, el muchacho tristón, se acercó despacio.

— ¿No quieres probarte esto? Si te viene justo te lo daremos, pues sino terminaremos por rompernos la cabeza disputando por él.

Arnaldo se encogió de hombros, indiferente, y dejó que uno de los pilletes le pusiera el cinturón.

— ¡Le viene justo! — exclamaron.

Pero no terminaron su exclamación, cuando casi cayeron de espaldas. Arnaldo acababa de desaparecer de entre ellos, dejando tirada por el suelo su gorra agujereada y desteñida.

II

Magraz era una ciudad pobre y tranquila. Sus casas eran pequeñas y escasos sus habitantes. Por esto los magraceños se conocían muy bien, y cuando algo raro ocurría todos se ocupaban del caso.

— Parece que la sobrina del difunto brujo Simón se ha ido — decía un magraceño en rueda de amigos.

— Así debe ser — dijo otro. — se habrá llevado una buena fortuna.

— ¿Y qué me dicen del hijo de la Mercedes?

— Que se hizo humo.

— Fué cosa de brujería.

—Y la pobre Mercedes, llorando y llorando.

—¡Qué va a hacer, la pobre!

La Mercedes era una magraceña humilde que hacía pan y lo vendía por las calles de Magraz. No tenía más familia que su muchacho Arnaldo, y cuando supo que había desaparecido en forma tan extraña siguió amasando su pan; pero, mientras trabajaba, no dejaba de llorar.

Los magraceños no le querían comprar el pan, porque lloraba encima de la masa.

La Mercedes no ganaba ni un centavo, y el horno ya no tenía fuego. Y un día se echó un trapo en la cabeza y salió de Magraz. Los perros ladraban detrás de ella, y cuando la pobre iba por el campo abierto seguían ladrando aún.

Llegó la noche y la Mercedes buscó dónde acostarse. Cerca del camino había un matorral. Allí se agazapó y se quedó dormida, apretando entre sus manos un pequeño atado.

Al día siguiente continuó su camino,

En los ranchos que de tarde en tarde encontraba, le daban algo de comer. Los buenos campesinos se compadecían al verla tan triste, y uno le dió sus alpargatas, porque los pies de la Mercedes estaban desnudos y lastimados.

Muchos meses la madre de Arnaldo siguió andando, hasta que un día divisó las altas torres y brillantes cúpulas de un gran ciudad. El camino ba rectamente hacia allí, un camino ancho, borideado de altos y elegantes árboles.

La mujer pensó que en la ciudad aquella sólo encontraría el desprecio de las gentes ricas y el odio de las pobres, y resolvió desviarse siguiendo por esos campos llenos de cultivos divididos por tirantes alambrados.

Mas apenas dió unos pasos sintió un gran ruido, como un tropel de caballos; se volvió, y sus ojos, siempre empañados por la pena, se dilataron asombrados.

Un gran gentío hacía ruidosa escolta a un resplandeciente coche tirado por imponente yunta de caballos blancos. En el coche venía un engalanado joven con la cabeza erguida, echada hacia atrás, apoyando la diestra en largo y reluciente bastón dorado.

—¡Viva el señor de las Doce Ciudades Encantadas! — gritaba el gentío.

La Mercedes, que se había colocado detrás de un árbol, tuvo un estremecimiento al fijarse en el señor de las Doce Ciudades Encantadas.

—¡Qué parecido a mi hijo! — murmuró.

Y como empujada por una extraña fuerza, se adelantó hacia el camino.

—¡Apártate infeliz pordiosera! — gritó el arrogante auriga que manejaba la yunta blanca.

— Toma y apártate — dijo un gigantesco criado, arrojándole varias monedas.

El señor de las Doce Ciudades Encantadas la miró de reojo y ordenó:

—¡Fustiga, que tengo prisa!

El auriga levantó el látigo y lo hizo restallar en el aire.

La Mercedes, empujada por el gentío, siguió detrás del carruaje un largo trecho, hasta que cayó por tierra, y si una mano robusta y pronta no la hubiera sacado a un lado del camino, la pobre habría sido pisoteada como un trapo viejo.

Más de una hora se quedó la Mercedes acurrucada en el mismo sitio donde la dejaron. Estaba muy aturdida por lo que había visto, y no dejaba de pensar en el apuesto señor de las Doce Ciudades. Comprendía que sus ocurrencias eran desatinadas, producidas tal vez por los largos sufrimientos que la acompañaban desde que perdiera a su Arnaldo. Pero esas ocurrencias poco a poco la iban dominando, y por fin la decidieron a entrar en la gran ciudad, cuyas luces ya se encendían pues se aproximaba la noche.

Preguntó, al llegar a las primeras casas, cómo se llamaba aquella ciudad,

— Perifón — le contestaron, — y pertenece al señor de las Doce Ciudades.

La Mercedes siguió andando, andando, y ya muy cansada, se sentó bajo unos grandes arcos sostenidos por gruesos pilares grises. Se apoyó de espaldas en uno de ellos, y no pasaron dos minutos cuando otra mujer, cubierta, como ella, por un manto oscuro, se dejó caer al otro lado del pilar. La luz de un foco eléctrico llegaba muy

débil hasta aquel sitio, por lo que la Mercedes no pudo verle el rostro.

La madre de Arnaldo apretó con recelo su envoltorio, y así estuvo toda la noche sin poder dormir.

Cerca de la madrugada comenzó a correr un viento muy frío. La Mercedes sintió que la otra mujer se arrastraba para evitar el viento. Y cuando las primeras luces del día alumbraron las calles de Perifón, las dos mujeres estaban juntas y acurrucadas como un solo montón de ropas desgarradas.

Pasó un carro, y al grito del carretero se sobresaltaron, levantando la cabeza. Se miraron, y un grito salió de sus bocas:

—¡La Mercedes!

—¡Harpina!

En efecto, la otra mujer era la sobrina del brujo Simón.

En Magraz, Harpina valía más que la Mercedes; pero allí, apoyadas las dos en el pilar, eran iguales. Por eso se pusieron a conversar como viejas amigas.

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche. ¿Y tú?

—También anoche.

Se contaron sus penas, que eran muchas, y sus esperanzas, que eran grandes. Harpina hizo el viaje en busca de unos parientes, y esperaba encontrarlos en Perifón.

— ¿No te dejó nada tu tío? — preguntó la Mercedes.

— Sólo un cinturón viejo, que tiré a la calle. No pude encontrar ni una moneda.

La Mercedes se llevó las manos al pecho, y con gran agitación dijo:

— ¿Un cinturón que tenía una hebilla cuadrada?

— ¿Cómo lo sabes?

— ¡Pero si es el mismo que le pusieron a mi Arnaldo cuando desapareció de entre sus amigos!

— Entonces ese cinturón tendría un poder mágico, y yo sin saberlo lo abandoné. ¿No has sabido nada de Arnaldo?

— Ni la menor noticia; pero no pierdo la esperanza de encontrarlo.

De pronto se acercó un agente de policía y les ordenó que dejaran aquel sitio. Las dos mujeres, levantándose aprisa, se dirigieron al centro de la ciudad.

Al llegar a un esquina, varios agentes de policía las detuvieron, lo mismo que a muchos peatones.

— ¡Alto señores — decían los agentes — que va a pasar el señor de las Doce Ciudades Encantadas!

La Mercedes y Harpina se estremecieron, y poniéndose de puntillas miraron el carruaje que, entre dos filas de guardias galoneados, avanzaba velozmente.

A veinte pasos de distancia venía el coche, cuando Harpina gritó, agitando los brazos en alto:

—¡El cinturón! ¡Ese es el cinturón de mi tío!

Y la Mercedes vió en los ojos del señor de las Doce Ciudades Encantadas sus propios ojos, y exclamó:

—¡Arnaldo! ¡Ese es mi hijo Arnaldo!

Dos policias las tomaron del brazo, diciendo:

—Si no os calláis, iréis a la cárcel.

Obedecieron las mujeres. El carruaje pasó velozmente, y el hermoso joven que iba en él oyó las exclamaciones de aquéllas; pero pareció no entenderlas.

III

Largo sería enumerar todas las penurias que sufrió la madre de Arnaldo en la ciudad de Perifón; todas las soportaba con paciencia, esperando que algún día su hijo habría de reconocerla. Casi diariamente lo veía pasar con su séquito hacia el palacio de gobierno, donde atendía los importantes asuntos de sus ciudades, y en vano lo miraba con el alma en los ojos. Arnaldo se erguía en su asiento de seda y oro como un emperador antiguo, y sus miradas se perdían a lo lejos, en quién sabe qué visiones de mayores grandezas.

El cinturón maravilloso llevábalo ceñido a toda hora, y aunque hubiera querido quitárselo, habría

sido inútil su esfuerzo. Estaba como hecho carne en su cuerpo, y hasta el fin de sus días debía tenerlo consigo el afortunado muchacho.

Los viejos sabios de Perifón se habían reunido a una orden de Arnaldo, en varias ocasiones, para conversar y opinar sobre el poder mágico de ciertos objetos, especialmente del cinturón maravilloso.

— Ancianos que poseéis la sabiduría — habíales dicho un día Arnaldo: — ¿podéis explicarme por qué no recuerdo en absoluto la parte de mi vida desde mi nacimiento hasta el día en que me ceñí el cinturón maravilloso?

— Esa es, precisamente — respondieron los sabios, — una de las virtudes del cinturón.

— ¿Y no habría modo de recordar algo, a pesar de esa virtud?

— Solamente por la influencia de otro talismán, más poderoso que éste, lo que es difícil, sino imposible, encontrar en el mundo. Además, excelentísimo señor, quizás es mejor no recordar ese pasado, que pudo ser triste. Tenéis poder, belleza y juventud; lo que queréis es vuestro; el mundo os pertenece.

— Así es — dijo Arnaldo.

Y despidió a los ancianos.

Pero quedó pensativo y un poco melancólico.

IV

La Mercedes y Harpina vivían siempre juntas en un cuchitril de los suburbios, y mendigaban su pan ante los portales lujosos y a la entrada de los templos.

Harpina, hablaba a menudo del cinturón maravilloso, aunque estaba convencida de que era imposible rescatarlo.

Cierta vez las dos mujeres estaban sentadas a la puerta de su cuchitril, cuando oyeron conversar muy cerca de ellas a dos guardias del palacio de gobierno.

— ¿No sabes — decía uno — que el señor de las Doce Ciudades ha tenido una nueva y rara ocurrencia? Como parece estar aburrido de sus costosos trajes, quiere vestirse de muchacho callejero.

— Ja... ja... — rió el otro.

— Lo malo es que ya tiene el traje, pero le falta una gorra. Ninguna de las miles que le han llevado le queda bien. Dicen que pagará por ella una buena suma.

— Podrán hacérsela a medida.

— No; porque la quiere vieja y rota. Es un capricho.

Los guardias se alejaron. La Mercedes se acercó a Harpina y le dijo:

— Yo tengo la gorra que Arnaldo dejó al desaparecer. Voy a ofrecerla en palacio.

— Bien pensado. Tendremos para vivir algún tiempo con lo que te den por ella.

Inmediatamente la Mercedes se encaminó al palacio de gobierno.

— ¿Qué quieres, mendiga? — le preguntó un guardia.

— Hablar al señor de las Doce Ciudades Encantadas.

El guardia rió burlón.

— ¿Qué vas a decir a su excelencia?

— Voy a ofrecerle esto.

— ¡Ah, una gorra! Muy bien: veremos si le sirve. Dámela.

— Tengo que entregársela yo misma — dijo con firmeza la pobre, pues quería ver y hablar a su hijo.

El guardia habló a otro individuo, éste a otro, y así fué la noticia hasta oídos de Arnaldo.

— Que entre la mendiga — ordenó.

Tropezando en sus propios pies por la emoción pasó de salón en salón hasta que se encontró con el señor de las Doce Ciudades Encantadas, que estaba rodeado de gente lujosa y principal.

— Muéstrame eso — dijo Arnaldo.

La pobre mujer extendió en la diestra la agujereada y desteñida gorra.

Arnadlo la miró por todos lados, y dijo:

— Que se entreguen a esta mujer veinte monedas de oro si esta gorra me viene bien.

Luego se quitó el riquísimo sombrero cubierto de diamantes y empenachado con altaneras y rarísimas plumas, y se caló la gorra.

Sucedió algo extraordinario.

Arnaldo abrió muy grandes los ojos, miró en derredor como asombrado, y al fijarse de pronto en la pobre mujer se puso en pie de un salto, abrió los brazos y gritó:

— ¡Madre!

— ¡Hijo mío! — sollozó la mendiga.

Y los dos fueron un solo cuerpo y una sola y dulcísima emoción.

La gente lujosa y principal no se explicaba todo esto, y sólo se dieron cuenta de lo que ocurría cuando se adelantó uno de los sabios ancianos y dijo:

— He aquí que la virtud del cinturón maravilloso, que hizo olvidar una parte de su vida a su excelencia, ha sido vencida por un talismán más poderoso: esa vieja gorra. Por ella su excelencia ha recordado su vida anterior y ha reconocido a su madre.

Arnaldo y la Mercedes, abrazados aún, se miraban en los ojos cuando entró violentamente otra harapienta mujer.

Era Harpina, que, aprovechando la confusión producida en palacio, había llegado hasta allí.

Arnaldo la reconoció en seguida.

— ¡Harpina! — dijo; — la sobrina del brujo Simón.

Y luego, al ver que los guardias la querían echar, ordenó:

— ¡Dejadla!

Y dirigiéndose a Harpina:

— ¿Que venís a buscar?

— El cinturón maravilloso.

Todos los presentes se quedaron sorprendidos cuando Arnaldo, sin el menor esfuerzo, se quitó el cinturón y se lo entregó a Harpina.

Esta se lo ajustó inmediatamente,y todos los presentes se inclinaron respetuosos ante la señora de las Doce Ciudades Encantadas.

Harpina se dirigió en seguida a la Mercedes y a su hijo, que sonreían felices:

— ¿Qué queréis vosotros, amigos míos? Decídmelo, que vuestro deseo será una orden.

— Yo nada quiero — dijo la Mercedes, — pues encontré a mi hijo.

— Yo tampoco quiero nada — dijo Arnaldo; — me vuelvo a Magraz con mi madre.

Poco después, en lujoso carruaje, madre e hijo, abrazados y dichosos, se alejaban por la calle bordeada de altos y elegantes árboles, rumbo a la aldea natal.

V

Las ciudades gobernadas por Harpina, en poco tiempo llegaron a tal estado de adelanto, que fueron la admiración del mundo.

Todos los habitantes llamaban a la sobrina de Simón "la madre Harpina", pues su principal cuidado era la educación de los niños. La madre Harpina los consideraba como sus propios hijos, y dispuso que entre las primeras lecciones que debían recibir se considerara como más importante la historia del cinturón maravilloso.

Por esa historia aprendieron que el amor de las madres es más poderoso que todas las riquezas de la tierra y si bien hay hijos que, en virtud de esas riquezas, olvidan muchas veces a sus padres humildes, no falta una raída gorra que, trasformada en talismán por influencia de aquel sagrado amor, les haga volver los ojos y el corazón hacia la pequeña choza en que nacieron.

Y también aprendieron cómo, por haber vivido cerca de una madre que sufría, la sobrina del brujo Simón, apodada "la perversa de Magraz," cuando pudo ser más perversa por el poder de la fortuna, fué llamada cariñosamente "la madre Harpina" por todos los niños de las Doce Ciudades Encantadas.

VERDIN Y LOS CAZADORES DE MAGRAZ

I

En un hermoso y robusto árbol de las selva. de Magraz habían hecho sus nidos muchas aves alegres y laboriosas.

Entre ellas estaban: Verdín, un loro viejo y gran amigo de conversar y dar consejos; Barrito, un hornero siempre atareado en revocar su edificio; Picofuerte, un carpintero, incansable trabajador, y una humilde y hacendosa Paloma.

— ¿Qué me cuenta, amigo Verdín? — dijo un día Barrito emparejando con cuidado la puerta de su casa. — Usted siempre tiene alguna novedad?

— Cos... cos... — tosió el viejo loro volviendo la cabezota hacia su vecino. — Hace días que ando con un fuerte resfrío y no salgo de casa.

— Pues yo le daré una noticia: la señora Paloma ha tenido ayer tres pichoncitos. ¡Si viera, Verdín, qué preciosos son!

— Cos... cos... — tosió otra vez el loro. — Voy a verlos en seguida, que es muy importante lo que ha ocurrido.

Y bajó hasta el nido de la Paloma.

— Buenos días, vecina — dijo el loro.

— Muy buenos tenga, señor Verdín — contestó la Paloma esponjándose gozosa. — ¿Viene a ver mis hijitos?

— Si usted me lo permite...

— Con mucho gusto. ¡No faltaba más!

Verdín se acercó a los pequeñuelos y como un abuelo cariñoso les habló largamente, aunque ellos no le entendían ni jota.

En ese momento se oyó que alguien decía:

— A ver si dejan de hacer barullo. Ya anda otra vez por aquí ese loro charlatán. Bien puede mandarse mudar.

— ¿Quién es ese? — preguntó Verdín.

— Es la vecina Picofuerte que ha tenido anoche dos chiquitines.

— ¡Caramba! Esto es también muy importante. Voy a visitar a mis amigos los carpinteros.

Aquel día, como si se hubieran puesto de acuerdo, la mayor parte de los habitantes del árbol habían tenido hijitos.

Por la tarde el árbol parecía de fiesta. De todo el bosque habían llegado numerosas avecillas a visitar a los felices padres y el loro viejo, peinándose las pocas plumas que le quedaban, decía:

— El árbol es grande; pueden nacer todos los que quieran. Hay sitio de sobra para la alegría. Mi mayor satisfacción será ver, al fin de mis días, en cada rama del árbol una casita feliz.

II

En la ciudad de Magraz vivía un personaje llamado Rasquincho Pumpún. Tenía la nariz larga y colorada y las piernas torcidas hacia adentro. Estaba casado con una señora alta y gruesa cuyas ocupaciones se reducían a estar sentada en una u otra silla de la casa, hacer vestidos y gorros para sus perritos falderos y escuchar el canto de los pájaros que tenía prisioneros en grandes jaulas.

Rasquincho Pumpún era rico, y todos los magraceños se descubrían a su paso.

La casa de este personaje era la más grande y lujosa de Magraz. Entre sus numerosas habitaciones había una muy espaciosa cuyas paredes estaban cubiertas de cuchillos, flechas, cuernos y escopetas de toda clase.

Pumpún y Esterilia, que este era el nombre de la señora, eran muy afectos a la caza, y cuando el tiempo se presentaba bueno, uno de ellos decía:

— Vamos a cazar.

El otro aceptaba la invitación y salían por esos bosques con sus perros y sus sirvientes, dispuestos a aprovechar las municiones.

Como sus excursiones eran muy frecuentes, los animales de esos bosques fueron disminuyendo y llegó un momento en que sólo de tarde en tarde los cazadores magraceños encontraban algún extraviado conejillo.

Una vez, cansado de andar por todos lados sin poder hacer un tiro, Pumpún se revolvió lleno de furor y apretando su escopeta como si quisiera destrozarla gruñó:

— Esto sí que es tener mala suerte.

— No te pongas nervioso, maridito — dijo Esterilia. — Si caminamos un poco más encontraremos mucho que cazar.

— Como quieras — bramó Pumpún. — Me parece que todo el país está desierto y no hallaremos ni lagartijas para probar la puntería.

Siguieron andando hasta que llegaron a la orilla de un caudaloso río, donde un hombre pobremente vestido se ofreció a pasarlos en su barca.

Los cazadores aceptaron el oportuno ofrecimiento y el barquero empuñó en seguida los remos.

Iban ya por la mitad del río cuando Esterilia vió un pajarraco que se acercaba volando de una manera desigual.

— ¡Tírale! — exclamó la señora.

Pumpún se echó la escopeta a la cara y disparó rápidamente.

— Erraste, — dijo Esterilia y a su vez, con su arma, hizo fuego.

(Dibujo de Lino Palacio)

Iban ya por la mitad del río...

— Erraste tú también — gritó Pumpún. — La causa está en que ese bicho no vuela como los demás.

Y dejó la escopeta a un lado.

El barquero alzó los ojos y reconociendo al pajarraco dijo:

— Es un loro viejo. Lo conozco desde hace tiempo. No vale la pena gastar cartuchos en él.

Luego murmuró para sí:

— ¡Pobre animalito! Siempre va hasta mi rancho a charlar con los muchachos.

Los remos seguían golpeando el agua.

— ¡Don Pedro! — exclamó alguien desde arriba. — ¡Don Pedro! No pase a esa gente a la otra orilla.

Era el loro, el viejo Verdín, a quien los pequeños lectores ya habrán reconocido.

— ¡Qué bicho inteligente! — dijo Esterilia. — ¡Si pudiéramos atraparlo y llevárnoslo a casa!

— ¡Don Pedro! — gritó otra vez Verdín. — No pase a esa gente a la otra orilla. Acuérdese de su rancho y de Antonio y Nolasco, mis amigos.

Los amigos de Verdín eran los hijos de don Pedro, que valían para el barquero, más que su propia vida.

Don Pedro levantó los remos y miró con los ojos muy abiertos el fondo de la barca.

— ¿Por qué alzas los remos? — le preguntó enojado el cazador.

El barquero fijó en él una profunda mirada y se quedó callado.

—¡Sigue remando! —ordenó el cazador.

Los remos no tocaron el agua por esta orden.

Entonces Pumpún, que se encolerizaba por cualquier motivo y estaba acostumbrado a que todos le obedecieran, levantó la escopeta y apuntando a don Pedro dijo pausadamente:

—O remas o te mato.

Don Pedro se acordó de sus hijos y los remos tocaron otra vez el agua. Si lo mataba el cazador, ¿qué sería de Antonio y Nolasco?

Verdín miró la escena desde lo alto y su voz cayó como una piedra:

—¡Don Pedro! No pase a esa gente.

Esterilia tomó su escopeta y disparó sobre Verdín. Pero un golpe de remo que con intención dió el barquero hizo desviar el tiro.

El loro, viendo que la barca tocaba tierra, se alejó lo más rápidamente que pudo golpeando el aire con sus viejas y retorcidas alas.

III

El árbol, donde en la mayor armonía vivía aquel pueblo de volátiles, alumbrado por el sol arrojaba cambiantes destellos de sus hojas que parecían

de metal, mientras las aves que en él tenían sus nidos, se ocupaban alegremente en sus faenas.

Picofuerte construía una nueva habitación, pues su familia había aumentado con otro pequeñín; la Paloma mullía el lecho de sus hijos repitiendo su monótono y suave arrorró; Barrito enseñaba a los pequeños horneros el arte de amasar el barro para la edificación; dos cotorras en doméstica algarabía a la puerta de sus nidos comentaban el buen tiempo y un canario arrojaba como gotas de oro las notas menudas de su incomparable trino.

De repente todos se sobresaltaron, al oír un estampido lejano.

— ¿Qué será?

— ¿Un trueno?

— No. El cielo está limpio.

— Si no es un trueno, ¿qué será?

Estas preguntas se hacían las sorprendidas aves cuando de los árboles lejanos se levantó una bandada de palomas, y al retumbar un segundo estampido otra bandada echó a volar detrás de la primera y las dos, en confuso aleteo, vinieron a posarse en nuestro árbol.

En medio de ellas apareció Verdín. Estaba muy fatigado y unas gotas de sangre le manchaban el pecho. Había sido herido por uno de los disparos que le hicieron los cazadores de Magraz, pero como tenía las carnes endurecidas por los años y la intemperie, las heridas no eran de gravedad.

A las preguntas de nuestras avecillas, las recién llegadas respondían solamente:

— Un trueno.

Y se acurrucaban medrosas en las ramas interiores del árbol amigo.

Verdín trataba de ocultar sus heridas para no alarmar a sus vecinas y repetía como las palomas:

— Un trueno.

Otros estampidos resonaron más cerca y muchas aves se levantaron asustadas hacia el claro azul del cielo.

Una hermosa paloma que volaba hacia el árbol bajó de pronto las alas y cayó sobre unos espinosos matorrales.

En ese instante, ladrando ferozmente un perro se precipitó sobre el cadáver de la paloma, lo sujetó entre las terribles mandíbulas y gruñendo sordamente se alejó a grandes saltos.

Entonces todo fué confusión en nuestro árbol. Nadie sabía lo que pasaba y era un ir y venir de las asustadas aves haciéndose preguntas y más preguntas.

El loro viejo, que se había subido a la rama más elevada, descubrió como a cien pasos el caño de una escopeta que brillaba al sol.

Allí estaba Rasquincho Pumpún y a su lado se agachaba, con cautela, la señora Esterilia. Un poco atrás los sirvientes, sentados sobre los talones, sujetaban a los perros.

(Dibujo de Lino Palacio)

¡Cuidado! ¡El trueno!

— En este árbol — dijo Rasquincho — se han asentado las dos bandadas.

— Tiremos a un tiempo — aconsejó la señora Esterilia remontando su arma.

El cazador aprobó con la cabeza y las dos escopetas se levantaron en silencio.

El viejo Verdín lanzó un grito:

— ¡Cuidado! ¡El trueno!

Y un centenar de palomas se elevó súbitamente con gran ruido de alas.

— ¡Maldito bicharraco! — bramó Rasquincho — Ahora sí te mataré. ¡Fuego, Esterilia!

Las dos escopetas sonaron a un tiempo: pero el viejo Verdín ya se había resguardado detrás de una gruesa rama. Silbaron las municiones y muchas hojas cayeron deshechas.

Débiles píos salieron de los nidos. Los pichones gemían sin saber por qué. La Paloma, con sus ojos inocentes y aterciopelados, miraba inquieta a todos lados. ¡La madrecita Paloma quería tanto a sus hijos! Los había cuidado con esmero desde que rompiendo los huevecillos miraron gozosos por primera vez la maravilla de la luz del día. ¡Les había llevado con tanto amor el alimento para sus débiles cuerpecitos! Y se ponía tan contenta la madrecita Paloma cuando aleteaban agradecidos al recibir de su pico el diminuto sustento. Felices vivían en el árbol amigo y sus días eran de oro y sus noches de plata, y trabajando y cantando se doraban sus vidas al sol.

— Han quedado algunas — dijo Rasquincho mirando a la madrecita Paloma, que estaba temblando sobre el nido.

Esterilia levantó la escopeta.

— Déjame maridito; yo voy a cazarla.

El viejo Verdín miró todo esto y chilló:

— ¡No tires! ¡Acuérdate de tus hijos!

Esterilia sonrió friamente y la gran frase de Verdín no conmovió su corazón helado. Esterilia no tenía hijos.

Y apretó el gatillo.

Todas las municiones dieron de lleno en el cuerpo del viejo loro que acababa de ponerse ante el sagrado nido. Era dura su carne, dura por los años y por la intemperie; pero esta vez fué herido el corazón generoso de Verdín.

Se apoyó con sus postreras fuerzas en la rama, miró por última vez la aurora de la vida en los ojos de los pichones que había salvado, y torciendo la cabeza como un abuelo moribundo murmuró:

— Si hubiera sido madre no habría tirado con su escopeta.

Y quedó muerto apoyando las alas retorcidas en las paredes del nido, protegiéndolo todavía.

IV

Mercedes María, la mujer de don Pedro el barquero, y madre de Nolasco y Antonio, dos chiquillos morenos y vivarachos, junto a su rancho de quinchas y de barro molía con afán en su mortero los dorados granos del maíz, y el sol mañanero le bordaba de oro la pollera humilde y un viento perfumado a campo le agitaba los cabellos renegridos.

Al pie del mortero el afrecho se extendía en alfombra blanquecina, y a él comenzaron a bajar los pajarillos desde los árboles cercanos.

Las aves, ahuyentadas por los tiros de Rasquincho y de la señora Esterilia, parecían haberse puesto de acuerdo para reunirse en el rancho del barquero.

Mercedes María soportaba risueña la irrupción de los alados animalitos y momentos después tenía tantos en su rededor, que parecía la reina de las aves.

Entre ellas estaban Barrito, Picofuerte y la Paloma, y a su lado sus pequeñuelos, que saltaban entusiasmados entre tanto batir de alas.

Nolasco y Antonio se acercaron a Mercedes

María maravillados por el espectáculo y cogiendo puñados de afrecho los arrojaron en todos sentidos.

Don Pedro salió en ese momento del rancho y miró complacido el gesto de sus hijos.

De pronto rasgó el aire una voz suave y poderosa.

— En el rancho del barquero — dijo la voz — hay una mujer que es madre. Nada deben temer las aves que hasta esa mujer se acerquen. Canten todas las aves alegrando su rancho y hagan sus nidos en los árboles que le dan sombra.

Era el espíritu del viejo Verdín, que agitando pausadamente las alas amarillas por el sol, se hundió en el azul infinito como un gran pájaro de oro

CABEZA DE MADERA Y LOS RATONES MUSICOS

I

Cabeza de Madera estaba en su cuarto desvistiéndose para dormir, cuando oyó una vocecita que dijo:

— Señor gigante... ¿podéis atenderme dos palabritas?

— ¿Quién habla aquí? — gritó Cabeza de Madera.

— Yo, señor gigante. Si decís que sí, saldré en seguida. Decid que sí, señor gigante.

— ¡Qué gigante ni qué ocho cuartos! Yo no soy gigante ni mucho menos. Acaba de darme unos reglazos el maestro Chiribín porque no hice los deberes. Si yo fuera un gigante, no me hubiera pegado tan fuerte con su regla. Gracias que tengo la cabeza dura, por lo que me llaman muy bien como me llaman.. Y basta de charlas. Ya sé que nadie habla aquí. Lo que oigo es a causa de los golpes del maestro Chiribin. Con una regla tan pesada, cualquiera puede oir y ver donde no hay nada que ver ni oir.

La vocecita sonó con más fuerza, diciendo:

— De todos modos, me parece que el señor gigante no me ha de hacer daño y... ya estoy aquí.

Cabeza de Madera se rascó la frente y miró al suelo.

— Ya estoy aquí... — gruñó el muchacho, que se había puesto su camisa de dormir y parecía una vieja asustada y friolenta al lado de su cama.

— Ya estás aquí y no te veo. Esa voz ya me parece que no es una ocurrencia mía. ¡Oh! ¿Qué es esto? Acabaré por volverme loco. En verdad que el golpe que me dieron en la coronilla fué terrible. Yo no sé quién habrá inventado esas reglas de madera para las escuelas. Con otra paliza que me den, ya estaré arreglado. Y veré no sólo ratas con sombrilla, sino cosas más raras. Voy a apagar la luz, y a la cama.

Junto a los zapatos del muchacho, una rata vestida con una bata floreada y teniendo una sombrillita azul levantó la cabeza y dijo:

— Señor gigante: es parte de mala educación tratar así a las visitas.

Cabeza de Madera apagó la lámpara y se metió entre las sábanas refunfuñando y tocándose los tolondrones producidos por la regla de Chiribín.

La ratita se subió ligeramente a la mesilla de luz, y tropezando con unos cuadernos y una caja de lápices, porque estaba muy oscuro, golpeó con su sombrilla en el pie de la lámpara y chilló:

— Estoy muy fastidiada por vuestro mal pro-

ceder. Me veré obligada a reunir mi gente en la oscuridad, porque al gigante se le ocurre no atenderme y luego apaga la luz.

—¡Ay! — bramó Cabeza de Madera —; con otra paliza estaré bien arreglado. No solamente ratas que hablan andarán por mi cuerpo y se subirán hasta mi cabeza. Pero mañana sin falta esconderé la regla de Chiribín.

— Esto ya no es posible aguantar — dijo la rata. — Yo encenderé la lámpara y llamaré a mi gente. ¡No faltaba más!

Y se colgó de la cadenilla que pendía de la lámpara, al mismo tiempo que lanzaba un chillido prolongado.

A la viva claridad de la luz eléctrica, entraron en perfecto orden de formación hasta doce personajes de una cuarta de estatura. Eran doce ratones de largos bigotes con sombreritos aludos, levitas amarillas y bastoncillos dorados.

— La marcha de la Cueva Encantada — ordenó la ratita desde su altura.

Los doce ratones comenzaron a soplar sus bastoncillos, y una musiquita como un zumbar de abejas sonó en el silencio del cuarto.

Cabeza de Madera tiró hacia abajo las sábanas y se enderezó azorado. Aquello era al fin del mundo, sin duda.

— Estoy loco — exclamó, — o sueño despierto. ¿Ratones con música?... ¡Bah!

Y apagó la luz. Pero la ratita la encendió de

nuevo y los ratones comenzaron a bailar moviendo la cabeza de un lado a otro y tocando siempre sus bastoncillos sonoros.

— Ahora sí que me siento gigante — gritó Cabeza de Madera, enderezándose con furia. — Esto es una burla, y yo acabaré con los burlones.

Se arrojó de la cama y no pudo contener la risa al ver la figura de los bailarines y las morisquetas que hacían.

Se volvió hacia la mesilla de luz y rió más fuerte al descubrir a la ratita bajo su sombrilla azul.

— ¿Quién eres? — preguntó el muchacho. — Con esa traza pareces una mascarita.

— Soy una persona importante, una rata distinguida, y aquellos son mis ratones músicos. Estamos listos para una gran fiesta, y venimos a invitarte.

El muchacho se rascó la frente tratando de recordar si el maestro Chiribín dijo alguna vez que había ratones de esta clase. Sin duda lo dijo; pero como Cabeza de Madera atendía de tarde en tarde las lecciones, no se había enterado de tal cosa.

— ¿Quieres acompañarnos, o no? — preguntó la ratita. — Iremos por el túnel secreto.

Cabeza de Madera, que para todo estaba dispuesto menos para las lecciones de Chiribín, accedió gustoso y buscó sus ropas. Las encontró sobre una silla, pero no podía ponérselas, pues se habían

achicado tanto, que en el pantalón apenas le cabía un dedo.

— Si todo te queda corto muchacho — dijo la rata, — tendrás que acortarte tú también.

— Esto sí que es imposible.

— Todo es fácil cuando hay buena voluntad. Toma esta sombrilla y cúbrete con ella.

El muchacho tomó la sombrillita azul con el índice y el pulgar, y la levantó sobre su cabeza.

— ¡Oh! ¡Cómo crece la sombrilla! — dijo al vér que la tela se elevaba y extendía.

— No tal — prorrumpió la ratita alegremente. — La sombrilla no se agranda, sino que tú te empequeñeces. Ponte tus vestidos y vamos andando.

Vistióse el muchacho, la ratita lo tomó del brazo y muy oronda echó a andar hacia un rincón del cuarto. A los cinco minutos llegaron a la pared, donde se abría un agujero triangular, entraron por él y comenzaron a caminar por el túnel secreto alumbrados por una linterna que encendió la ratita.

No iba muy tranquilo Cabeza de Madera con aquellos personajes de tan extraña catadura, y se estremecía de trecho en trecho.

— No tiembles — dijo la ratá, — que no hay nada que temer. En la fiesta habrá alimento de sobra y no tendremos necesidad de comerte.

— No tengo miedo — murmuró el muchacho; — pero sí un poco de frío.

— Andando se entra en calor. El túnel está

húmedo en esta época del año. A mi abuelito le ha atacado el reumatismo, y está muy postrado.

— Ojalá le diera el reumatismo al que me pegó con la regla.

— ¿Quién es?

— El maestro Chiribín.

— Yo también le tengo rabia, pues varias veces me quiso envenenar. Es un viejo cascarrabias y se enoja cuando le comemos sus papeles. No digo su queso, porque nunca he visto ni una migaja en sus cajones.

— Es un viejo avaro.

— Y mal vestido. Figúrate que el otro día le roí un bolsillo de la levita, porque allí había puesto un pedazo de pan. ¡Un agujero tamaño! Sin embargo no se compró otra. Pasó toda una noche con hilo y aguja cerrando el agujero. Le tomé más rabia aquella vez, porque no me dejó comer ni un papel. Al menor ruido que hacía, se levantaba y venía hacia mí con unos ojos terribles. El no durmió y yo no comí. La culpa fué suya. ¿Por qué no se compró otra levita? ¡Ah! ya hemos llegado.

El túnel se dividía en dos, y tomaron por la derecha.

La ratita apagó la linterna, y una claridad amarillenta entró en el túnel por una pequeña abertura.

Pasaron por ella y se encontraron en un cuarto de grandes proporciones, cuyas paredes estaban

cubiertas de estantes con cajones, tarros, botellas y envoltorios de diversos tamaños.

— Aquí vamos a proveernos para la fiesta, amigo Cabeza de Madera. Estamos en la despensa de Tragafierros. La conozco bien porque la visito a menudo. Tú nos ayudarás en esta ocasión, ¿eh?

— Con mucho placer, señora rata. Tragafierros no es un tipo de mi simpatía. Tengo algunos asuntos pendientes con él. ¿Qué debo hacer aquí?

La rata tomó un pequeño serrucho de un cajón de herramientas, y dándoselo a Cabeza de Madera, dijo:

— Vamos hasta aquel queso que parece una rueda de carreta. Bien. Ahora corta varios trozos como para ser transportados en hombros por mis ratones.

El muchacho, muy contento, serruchó durante media hora con gran satisfacción de los ratones que iban llevando los trozos cortados hasta la entrada del túnel.

— Ya tenemos queso suficiente — dijo la ratita. — Ahora vamos a proveernos de dulces, caramelos, conservas y nueces.

Como si estuvieran en su casa, eligieron lo mejor de lo que allí había y se lo llevaron al túnel.

Luego la ratita reunió a todos y les dijo:

— Es conveniente celebrar el buen resultado de nuestro trabajo. Subamos aquí.

Los ratones se encaramaron sobre uno de los

grandes quesos y formaron círculo en torno de la rata y de Cabeza de Madera.

— La danza del queso — gritó la rata.

Sonaron los bastoncillos, y la pareja del centro comenzó a saltar y a dar gritos de alegría. El muchacho, que nunca había estado en situación tan extraña y divertida, zapateaba y movía los brazos girando alrededor de su compañera, que a su vez volteaba la sombrillita azul y chillaba sacudiendo la hocicuda cabecita.

De repente se abrió la puerta del cuarto y apareció el mismísimo Tragafierros, seguido de un mocetón vestido de verde y con un gorro del mismo color.

— ¡Alguien entró aquí! — rugió Tragafierros. — He oído ruido, y aquí veo un queso aserrado. Busca, Chinchorro, por aquel lado, que yo registraré por este rincón.

Los ratones vieron acercarse a Tragafierros con las manazas hacia adelante, y huyeron velozmente Cabeza de Madera, que no tenía la agilidad de sus compañeros, se subió a un estante donde había unos grandes botes de vidrio.

Tragafierros y Chinchorro comenzaron a revolverlo todo.

— Aquí anda alguien que no es un ratón — dijo el hombre al encontrar la gorra del muchacho en el queso donde bailaron. — Busca, Chinchorro, que si damos con él, mal lo pasará.

El muchacho midió con la vista los botes de

(Dib. de Muñiz)

De repente se abrió la puerta del cuarto y apareció el mismísimo Tragafierros.

vidrio, y se le ocurrió una idea salvadora. Uno de los botes, mal colocado, sobresalía casi la mitad fuera del estante, y no era difícil echarlo abajo. Esperó a que Tragafierros se pusiera en el sitio adecuado y empujó el bote con todas sus fuerzas, apoyando un pie en la pared. Tragafierros lo recibió en la coronilla y cayó desvanecido. El bote se rompió y derramó su contenido, que era goma de pegar, sobre la cara del gigante. Este volvió en sí y se incorporó. Pero como no podía abrir los ojos por la goma, iba de un lado a otro como un ciego.

Chinchorro, al ver lo que le ocurría a su amo, se dió a la fuga. Cabeza de Madera se descolgó al suelo y echó a correr hasta el túnel. Los ratones se alegraron por haber salido bien de la aventura, y cargando con sus víveres continuaron su camino.

La ratita, que había encendido su linterna, se detuvo de pronto exclamando:

—¡Caramba! He olvidado de sacar una servilleta que me hace mucha falta para el banquete. ¿Cómo haremos? ¡Ah! Pasemos por lo del maestro Chiribín. Me parece que ví allí una servilleta. Tomemos por este pasadizo.

El muchacho sintió una gran alegría. Nunca había entrado en la casa de Chiribín. Ahora sí que se vengaría de los reglazos.

Al final del pasadizo se detuvieron a escuchar. Al otro lado estaba el cuarto de Chiribín y no

se oía el menor ruido. Empujaron la puertecilla y entraron con todo sigilo.

El maestro Chiribín estaba sentado ante una mesa e inclinaba la cabeza sobre unos trapos que cosía con una larga aguja.

Los ratones se alinearon junto a la pared, dejando su carga en el suelo. Cabeza de Madera y la ratita se acercaron a la mesa, de puntillas.

Chiribín se había puesto unos anteojos con armadura de alambre, y estaba muy atento a su trabajo. Remendaba su levita y parecía muy triste. A ratos murmuraba.

— Esto no tiene compostura. De seguro que no podré asistir a la fiesta de los maestros.

El muchacho dijo entonces al oído de su compañera:

— Este quiere ir a la fiesta y no tiene traje. Es claro: un avaro no puede vestir bien. ¿Dónde está la servilleta?

— En aquel armario, encima de esos libros. Pero ¿será verdad que no tiene dinero para comprar una levita?

— ¡Qué no ha de tener! Todos los meses le pagan con un montón de billetes así y,...

Calló para oir lo que decía Chiribín.

— Mi pobre hija está enferma, y todo mi sueldo es poco para atenderla como es debido... Si hubiera vivido la madre, sería otra cosa.

El muchacho y la ratita se colocaron debajo

(Dib. de Muñiz)

El muchacho y la ratita se colocaron debajo de la silla...

de la silla para oir mejor. Al correrse hasta allí hicieron algún ruido.

Chiribín se inclinó, pero como era corto de vista y debajo de la silla estaba muy oscuro, no vió a los intrusos.

— ¿Ratita?

— ¿Qué?

— Parece que llueve; mira.

El muchacho señaló un punto brillante junto a sus pies.

— No puede llover dentro del cuarto porque hace poco le pusieron techo de cinc.

— Esto es agua, sin embargo — dijo Cabeza de Madera.

La ratita probó y dijo:

— Es salada. Creo que se le cayó a Chiribín.

— Entonces Chiribín llora.

En efecto, el maestro había derramado aquella lágrima.

— ¿Por qué llorará Chiribín? — preguntó la ratita.

— Porque no puede ir a la fiesta.

— No; porque tiene la hija enferma. ¿Conoces a la hija?

— Sí. Es una niñita muy linda, pero tan flacucha que da pena.

— Pobrecita... y está enferma. Pero vamos a llevarnos la servilleta. Súbete al armario.

— Tienes razón. La servilleta no le hace falta para ir a la fiesta.

Se encaramó sobre el mueble, tomó la servi-

lleta, y cuando estaba por descender miró a Chiribín. Este había dejado caer la cabeza sobre el brazo y permanecía inmóvil. Los cabellos blanquecinos brillaban a la luz de la lámpara que estaba sobre la mesa.

— Voy a darle un pinchazo con la aguja — dijo Cabeza de Madera. — Así me desquitaré de los reglazos.

Como la mesa estaba apoyada en el armario, le fué fácil descender hasta ella. Tomó la aguja que había caído sobre un papel escrito y ya iba a levantarla sobre la frente del maestro Chiribín cuando se fijó en las letras de aquel papel.

El muchacho leyó deletreando, pues era muy desaplicado en lectura:

"Octubre 6. Mañana debo asistir a la fiesta de los maestros, y no tengo una levita presentable. ¿Cómo comprar una levita si a veces no tengo para comer? Todo lo que gano es para mi hijita enferma".

La aguja cayó de las manos. ¿Cómo había de herir aquella cabeza encanecida? Un padre que sufre y se sacrifica por su hija enferma no puede ser malo. Entonces ¿por qué pegaba a Cabeza de Madera con su regla? Si el maestro no era malo ¿quién era el malo entonces? El muchacho volvió al armario y dejó la servilleta donde estaba. Luego bajó al suelo y dijo a la ratita:

— Necesito dinero. ¿Sabes lo que es dinero?

— Claro que lo sé. Pero... ¿y la servilleta?

— Déjate de servilleta. Hay que procurarse dinero.

La ratita se apoyó en su sombrilla, pensó un momento y dijo:

— Chiribín lo tiene. ¿No te dije que era un avaro? Ven y lo verás.

Se dirigieron a un cajón donde había muchos papeles revueltos.

— Esto no es dinero — protestó Cabeza de Madera.

— Quita esos papeles.

El muchacho apartó los papeles levantando una gran polvoreda.

Aquel cajón no había sido tocado en mucho tiempo. Sólo los ratones habían andado por allí.

En el fondo, el muchacho dió con un rollo apretado. Eran billetes de Banco. Cargó con el rollo y salió.

— ¿No te dije que era un avaro?

— ¡Qué sabes tú!... El no sabe nada de este dinero. Espérame, que subo a la mesa...

Así lo hizo y dejó el rollo sobre el papel escrito. Luego descendió con cautela.

El maestro Chiribín levantó la cabeza y extendió la mano para tomar la aguja.

— ¿Qué es esto? — exclamó en el colmo del asombro. — ¿Dinero caído del cielo? Pero... ¿acaso hay dinero en el cielo? No... no es posible. Esto lo ha puesto alguien aquí.

Se levantó y vió que la puerta estaba cerrada con llave y ésta en su sitio.

— Dinero... dinero... — decía, yendo y viniendo por el cuarto. — Esto no es mío, sin duda alguna; y si lo gasto, cometeré un robo. Y yo soy un hombre honrado.

Se detuvo frente a la mesa y tomó el rollo con mano temblorosa.

Se dió una palmada en la frente:

— ¡Ya recuerdo! — exclamó. — Esto es mío. Hace tiempo que lo había perdido. Reconozco la faja. Este dinero era para mi hijita. El cielo me lo entrega y yo lo llevaré a mi hija.

Se fijó en la levita que remendaba y murmuró:

— Mi hija no lo necesita ahora, y yo sí, Pues me compraré una levita y estaré muy elegante en la fiesta. Y voy en seguida a comprarla. Pero, ¡qué tonto soy!... Querer comprar una levita a las 3 de la mañana... ¿Qué haré hasta que amanezca? ¡Ah, sí!... Tengo muchos cuadernos que clasificar. A ver... a ver...

Tomó una pila de cuadernos.

— El primero es de Cabeza de Madera. ¡Oh, el muy cachafaz! Siempre con los deberes mal hechos... ¡Voy a ponerle un aplazo otra vez! Pero, ¿es que puedo aplazar a nadie ahora que estoy tan contento? No. Le pondré punto de pase. ¡Oh! ¡cuántos errores! Los enmendaré, y no lo parecerán. Ya está. Cabeza de Madera no me lo agradecerá, sin duda. El muy cachafaz me da

tantos disgustos... A pesar de todo, le tengo cariño. Más que a los otros. Si pudiera llamarle mi hijo, lo haría con todo gusto. ¿Que me hace sufrir? ¡Bah! Ya me he acostumbrado. Cuando no lo veo en clase me falta algo. Es tan vivaracho, tan inteligente y tan bello con su cabeza siempre desgreñada y sus ojos azules. Ya está. Le pongo punto de pase. Y el picarón me cree malo porque lo reprendo y a veces se me va la mano. No sabe que todo lo hago por su bien. Sus padres son pobres y yo soy pobre como ellos. ¿Acaso los pobres no deben ayudarse entre sí? Yo quiero que el muchacho sea un gran cosa cuando llegue a hombre. Así ayudará a sus padres y a los demás. Yo se lo digo, y él no me atiende. Siempre pensando en picardías. Ahora debe andar en alguna aventura de las suyas. Con tal que no le pase nada malo... Lo sentiría como si fuera mi hijo.

El maestro siguió clasificando los demás cuadernos. De pronto dijo:

—¡Caramba! Recuerdo que no he comido bocado desde ayer. Tengo que ir a comprar un pan; pero la panadería está cerrada. Creo que tengo un pedacito en la alacena. Ya iré a buscarlo. Terminaré con estos cuadernos.

Cabeza de Madera, que estaba debajo de la mesa con la ratita, hizo una señal a ésta y se apartaron al rincón donde estaban los ratones.

—¿Has oído, ratita? —preguntó el muchacho en voz baja.

— Sí; el maestro Chiribín está muy contento y te ha puesto buenas notas. Pero ¿traes o no la servilleta?

— Déjate de eso. Yo necesito algo de comer.

— Aguarda, que ya comerás en el banquete.

— ¡Qué banquete, ni qué ocho cuartos! Necesito algo de comer para ponerlo en la alacena.

— ¿Estás loco?

— Tú no entiendes nada. ¿No comprendes que mi maestro tiene hambre? En la alacena sin duda no hay ni miga. Llevemos lo que hemos sacado a Tragafierros. Yo me encargo de reponer eso.

La ratita era dura de mollera, pero tierna de corazón. Al fin comprendió lo que allí pasaba y se echó a llorar secándose los ojos con la sombrilla.

— Basta de llorar — dijo el muchacho, que a duras penas contenía sus lágrimas.

Entre pequeños hipos, la ratita ordenó a los ratones que llevaran las cargas a la alacena sin hacer ningún ruido.

Los ratones cumplieron la orden, y luego se alinearon a la entrada del pasadizo.

Cuando Chiribín concluyó con sus cuadernos, fué a la alacena y, sorprendido y risueño, sacó lo que allí había.

— Parece comida de enanillos — dijo, y agregó:

— Sin embargo, el queso es excelente.

Y empezó a comer con gusto.

— Los grandes banquetes se realizan con mú-

sica — dijo Cabeza de Madera a los ratones que se habían corrido detrás del cajón donde encontraran el dinero. — Tocad alguna pieza adecuada. Hacedlo lo mejor que podáis, pues el maestro entiende de notas y os pegará con su regla a la menor equivocación.

Sonaron los bastoncillos, y Chiribín dejó de comer para escuchar.

— Hay fiesta en la plaza — dijo risueño. — Es música infantil y la tocan muy bien. Yo les pondría notas sobresalientes a esos músicos.

La ratita, que dirigía la orquesta con la sombrilla, alegróse al oir aquel elogio; una vez que terminaron la pieza se dirigieron todos al pasadizo subterráneo.

— Vamos al depósito de Tragafierros — dijo Cabeza de Madera.

— Eso haremos — aprobó la ratita encendiendo su linterna.

Llegaron al túnel principal y de allí siguieron por el camino que habían recorrido anteriormente. Cuando les faltaba poco para el depósito, se detuvieron. El túnel estaba cerrado.

— Tragafierros ha descubierto el túnel y lo ha clausurado — dijo la ratita. — No tendremos fiesta mañana. La haremos otro día y no nos olvidaremos de invitarte.

El muchacho, que estaba satisfecho y algo cansado, agradeció a la rata y a sus compañeros el haberle proporcionado una aventura tan extraordi-

naria, y les pidió que lo acompañaran hasta su casa.

— Con mucho gusto — dijeron todos.

Una vez en su cuarto, Cabeza de Madera dijo que no podía quedar así tan pequeñito y que sería bueno lo volvieran a su primitivo tamaño.

— Toma la sombrilla mágica — dijo la ratita. —Levántala sobre la cabeza y ciérrala de golpe.

Así lo hizo el muchacho, y vió con satisfacción que había vuelto a lo que antes era.

Buscó luego a los ratones, pero todos habían desaparecido. Entre sus dedos tenía, en vez de la sombrillita azul, un pedacito de lápiz.

La luz del día entraba por la ventana, y el muchacho sintió una alegría tan grande, que a sus ojos asomaron las lágrimas.

Se apoyó en la ventana, miró el jardín que rodeaba su casa y a lo lejos la escuela del maestro Chiribín, blanca como una azucena, con su campana en lo alto como una volcada copa de oro brillando el sol de la mañana.

Inclinó la cabeza, y con el trocito de lápiz escribió en el alféizar:

— El maestro Chiribín es mi segundo padre. Nunca le daré disgustos, y desde hoy aprenderé todas mis lecciones.

La lluvia y el tiempo borraron aquella inscripción de la ventana, pero no del corazón del niño, que cumplió su promesa y fué orgullo de su maestro, honra y contento de sus padres y un hermoso ejemplo para todos los niños de su pueblo.

CLARISA Y EL ENANO INGENIOSO

I

Clarisa era una niñita de cinco años de edad, y su hermosura era tanta que, cuando la llevaban a pasear por la plaza del pueblo, los transeúntes se detenían a admirarla, lo cual llenaba de gozo a su feliz mamá.

Un día Clarisa vió unas mariposas de vivos y cambiantes colores que revoloteaban en torno a un rosal florecido, y dijo:

— Mamá, yo quisiera volar como las mariposas.

La mamá se rió de la ocurrencia y le explicó que los niños no tienen alas, y por lo tanto, les es imposible elevarse por el aire como las mariposas y los pajarillos.

Clarisa se quedó pensativa y su cabecita adornada de ensortijados y sedeños cabellos parecía una flor de oro inclinada con tristeza.

Mientras la mamá sentada en un banco tejía una gorrita de lana, Clarisa se puso a caminar sobre el césped y no había dado muchos pasos

cuando una infinidad de mariposas comenzaron a volar sobre ella confundiéndola al parecer con una verdadera flor.

La niña agitó los bracitos regordetes y sonrosados y ¡oh, milagro! fué disminuyendo de tamaño hasta una altura de dos pulgadas.

Las mariposas bajaron entonces sobre ella y tomándola por las cintas de su vestido se remontaron velozmente, desapareciendo sobre los rosales lejanos.

II

La reina de las mariposas, resplandeciente de belleza, estaba sentada en su trono en el gran palacio de los Jardines Encantados. La rubia cabellera le caía sobre los hombros, y los brazos blanquísimos, apenas cubiertos por finísima malla de oro, los tenía graciosamente cruzados sobre el pecho. Un par de alas magníficas se abrían a sus costados adornadas con dibujos maravillosos y deslumbrantes, y los pies calzados con sandalias azules descansaban blandamente sobre una almohada de rosas.

La reina entreabrió los labios y un soplo perfumado a claveles y nardos brotó de entre ellos cuando dijo:

— Traed a mi presencia al enano Sandrín.

Cuatro damas de la corte, muy parecidas a la reina pero menos bellas, salieron a cumplir la orden y no tardaron en regresar con un viejecito jorobado y barbudo de ojos picarescos. Un alto gorro puntiagudo le adornaba la abultada cabeza.

— ¿Que mandáis, ¡oh! reina? — preguntó tocando con las barbas en el suelo.

— ¿Sabéis dónde está ese picaflor misterioso que canta como un ruiseñor y habla como los hombres?

— Sí lo sé, hermosa reina.

— ¿Podéis traerlo a mi presencia?

El enano se pasó una mano por las barbas y respondió algo confuso:

— Harto peligrosa es la empresa; pero haré lo posible por satisfacer a vuestra majestad resplandeciente.

La reina de las mariposas hizo una señal con un dedo y Sandrín se retiró de prisa.

En ese momento aparecieron en la puerta principal del palacio muchas mariposas que muy agitadas se entrechocaban cubriendo las paredes y el piso de una fina capa de polvillo dorado.

— ¿Qué significa esto? — exclamó la reina haciendo un mohín de disgusto — ¿Mis mariposas se hieren entre sí?

La multitud de voladoras aumentaba por momentos y el salón del trono parecía una agitada colmena.

Las damas de la corte restablecieron el orden y una de ellas explicó lo que ocurría.

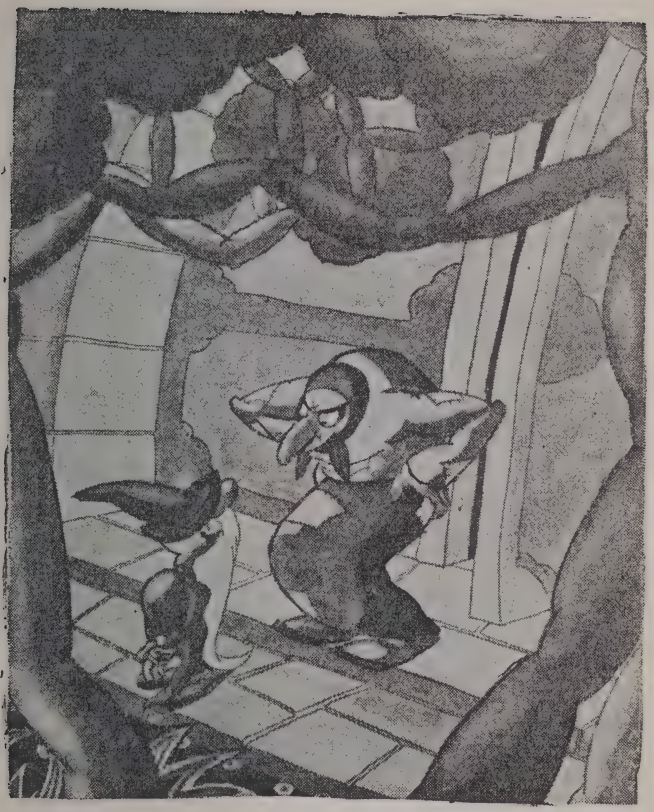
— Vuestras vasallas, ¡oh, reina! están alborotadas porque han visto a varias mariposas del pueblo de Corín que llegarán aquí en breve.

— Motivo suficiente tienen para alborotarse — dijo la reina. — Las mariposas de Corín traen sin duda lo que les he pedido.

III

El enano Sandrín, entretanto, se había puesto en camino hacia la isla Rosada, donde estaba el picaflor que cantaba como un ruiseñor y hablaba como los hombres.

Anduvo trescientas leguas y llegó a las orillas de un ancho mar de agitadas olas. El enano buscó por todos lados la embarcación que siempre estaba lista en aquellos lugares, y no encontrándola pensó que algún gigante la hubiera robado. Sin vacilar se quitó el gorro, lo puso en el agua y entrando en él comenzó a remar con una hoja de palmera que recogió en la playa. No tardó más de tres días en llegar a la isla Rosada y apenas tocó tierra lo saludó una ensordecedora gritería. Eran los pájaros de la isla que, asustados por la



(Dib. de Muñiz)

— ¿Qué buscas, forastero? — preguntó la vieja.

presencia del extraño personaje, chillaban de lo lindo revoloteando en todas direcciones.

Sandrín se puso su gorro, echóse al hombro la hoja de plamera que le sirvió de remo y avanzó con menudos y rápidos pasos entre la gritería que crecía por momentos.

En el centro de la isla Rosada había una elevadísima torre que se adelgazaba hasta rematar en aguda flecha donde ondulaba una banderita triangular.

Una puerta de bronce brillaba en la parte inferior de la torre, y el enano golpeó en ella tres veces. Abrióse la puerta y apareció una viejecita encorvada moviendo muy de prisa las mandíbulas.

— ¿Qué buscas, forastero? — preguntó la vieja.

— El picaflor que canta y que habla.

— ¿Para qué?

— Para llevarlo a su majestad resplandeciente, la reina de las mariposas.

— Dile a tu reina que el picaflor pertenece al gigante Fogatón y que nadie será capaz de sacarlo de aquí.

— ¿Dónde está el gigante? — gritó Sandrín.

— Averígualo — dijo la vieja, y cerró la puerta con estrépito.

El enano se retiró a un bosquecillo y allí meditó un momento. En lo alto de la torre estaba el picaflor encerrado en dorada jaula y custodiado por dos feroces lechuzas. ¿Cómo subir hasta allí? El asunto era más complicado de lo que se imaginó

al principio, pero tenía que cumplir la orden de su reina y la cumpliría a todo trance. Pensó otro momento y luego se puso a juntar ramas secas. Con su eslabón las encendió en seguida y cuando el humo se levantó en espesa columna, Sandrín infló con él sus ropas y comenzó a elevarse, a elevarse. Agitando el gorro y la hoja de plamera se dirigió hacia la torre y no tardó en llegar a la cúspide, donde había una pequeña ventana.

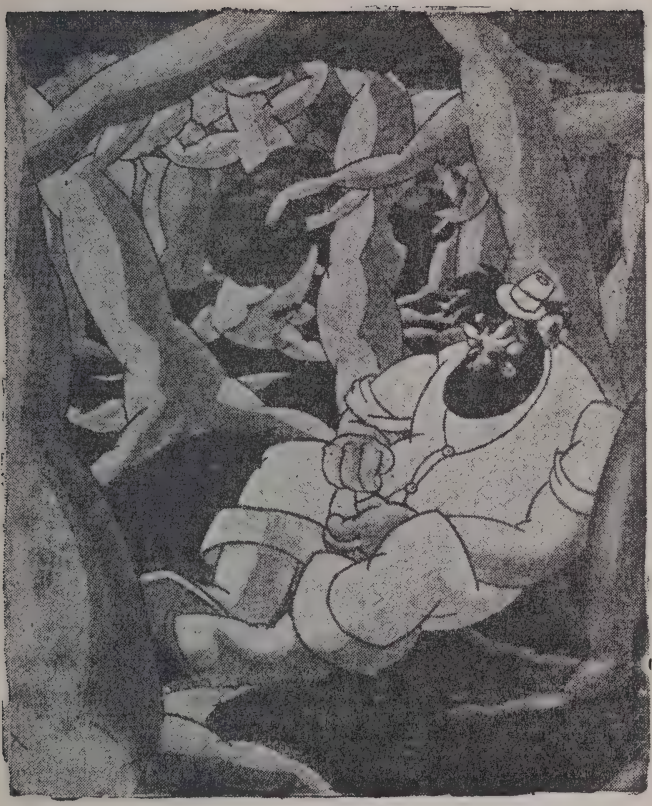
Al verlo, las lechuzas se le arrojaron encima dando terribles graznidos. El enano apretó sus ropas, el humo comenzó a salir y asustadas las feroces guardianas echaron a volar hacia los bosques vecinos.

Sin perder un segundo, Sandrín tomó la jaula con el picaflor maravilloso, y al salir a la ventanita se encontró con una nueva dificultad. La altura a que se hallaba era considerable y no había forma de bajar por las lisas paredes de la torre. Sin embargo, pronto le vino una buena idea: levantó su gorro, se asió con una mano de los lacillos que tenía a modo de barbijo, y sin temor alguno se arrojó al espacio.

En ese instante la vieja jorobada asomóse por la ventanita y viendo cómo el enano descendía balanceándose graciosamente, gritó llena de cólera:

— ¡Ladrón! ¡Bandido! ¡Pícaro jorobado!

Y se arrojó a su vez de la torre con los brazos extendidos; pero como no llevaba un paracaídas



(Dib. de Muñiz)

... Allí estaba el terrible gigante Fogatón dormitando...

como el que improvisó Sandrín, fué a aplastarse como una bolsa de trapos.

Llegado a tierra el enano echó a correr hacia la costa y una vez allí puso su gorro en el agua, acomodóse en su interior y rema que te rema con la hoja de palmera, se apartó de la isla Rosada donde los pájaros habían enmudecido por completo y sólo el viento corría entre los árboles haciéndolos gemir tristemente.

IV

Las lechuzas que custodiaban al picaflor no pararon hasta llegar a un bosque espeso. Allí estaba el terrible gigante Fogatón dormitando debajo de un árbol. Cuando supo lo que había sucedido en la torre, tuvo tal ataque de rabia que arrancó varios árboles, levantó torbellinos de polvo dando terribles puntapiés en el suelo y, por fin, gritando desaforadamente, corrió hasta el mar, desamarró la barca que entre unos matorrales tenía escondida y comenzó a navegar remando a toda furia.

— Allí va el ladrón — dijo una de las lechuzas volando por encima del gigante.

Fogatón dirigió la barca hacia el punto que le indicaba la lechuza y pronto dió alcance al enanillo que iba muy afligido moviendo su hoja de palmera.

—¡Alto! — rugió el gigante enarbolando un remo.

El enano, que ya había pensado en lo que debía hacer en aquel trance, impulsó su improvisada embarcación en torno a la del gigante con tanta prisa, que Fogatón, para no perderle de vista, tenía que dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo. Cansado de este juego dió un berrido y descargó sobre Sandrín un furioso golpe; pero no dió en el blanco porque estaba algo mareado y la barca se balanceaba fuertemente. Sacudióse el enano el agua que le había salpicado en las barbas y continuó girando. Fogatón dió un segundo golpe que marró como el anterior, pero que tuvo mayores consecuencias. El gigante, por el gran esfuerzo que hizo, se inclinó demasiado fuera de la barca y con gran chapoteo se hundió entre las inquietas olas.

Volcóse la barca y en pocos segundos desapareció a su vez, dejando un gracioso remolino.

Las lechuzas, al ver el triste fin de su amo, huyeron hacia la isla Rosada dando lastimeros graznidos.

El enanillo empuñó con fuerza su remo y riendo alegremente llegó a la orilla con su preciosa carga.

V

Las mariposas de Corín entraron a la sala del trono y colocaron a los pies de la reina, con gran ciudado la carga que traían.

Esta carga era Clarisa, la hermosa niña que se había hecho muy pequeñita en la plaza de su pueblo, y que al tocar otra vez el suelo comenzó a crecer hasta llegar a su tamaño natural.

Sorprendióse la reina de las mariposas ante tanta hermosura, y como la niña empezara a hacer pucheros, le dijo con tono cariñoso:

— Nada debes temer de nosotras, hermosa niña. Mis vasallas te cuidarán como si fueras la reina.

En seguida su majestad dió algunas órdenes y dos de sus aladas damas tomaron de la mano a Clarisa y la condujeron a una habitación tapizada de flores donde había un lecho blanco sobre el cual caían blandos y trasparentes cortinajes de seda.

— Descansad un poco — dijeron las damas, y se retiraron sin hacer el menor ruido.

Clarisa se acostó y no tardó en dormirse profundamente.

Un rumor de voces y de pasos apresurados la

despertó varias horas después. Bajó del lecho y corrió a la puerta encontrándose en ella con las damas que ya conocía.

— Hay que arreglarse — dijeron, — y en pocos segundos le pusieron un vestido de riquísima tela que realzó la hermosura de la bella Clarisa.

Sonó una campanilla y las damas indicaron a la niña que se adelantara por un pasillo y por él fueron hasta un espacioso salón alumbrado por lámparas multicolores.

La reina de las mariposas, sentada en un sillón de marfil, saludó a Clarisa con un leve movimiento de cabeza, y la niña se inclinó reverente extendiendo los pliegues de su vestido con la punta de sus deditos sonrosados.

El salón estaba lleno de aladas señoras que conversaban en voz baja, mirando de reojo a la niña. Esta, por indicación de la reina, se sentó a su lado un poco nerviosa porque ignoraba lo que iba a suceder.

Sonó de nuevo la campanilla, las damas se colocaron en dos filas y se abrió una puerta al fondo del salón.

Con su gorro puntiagudo y sus largas barbas, nuestro conocido, el enano Sandrín, apareció trayendo en la jaula dorada al picaflor maravilloso de la isla Rosada.

Avanzó el enano y a pocos pasos de la reina se inclinó y dijo:

— Majestad resplandeciente, reina de las ma-

(Dib. de Muñiz)

... el enano Sandrín apareció...

riposas: aquí está el pajarillo que me mandásteis buscar. He pasado serios peligros, pero estoy contento por haber cumplido con mi deber.

La reina tomó la jaula y miró regocijada al picaflor. Todos los colores del iris estaban en su plumaje, y todas las armonías de la selva en su garganta prodigiosa.

El picaflor, apenas se vió en manos de la reina, comenzó a cantar con tal entusiasmo que, oyéndolo, todas las mariposas de la comarca se agolparon en el salón y millares de alas agitaron el aire llenándolo de suavísimos perfumes que habían recogido en sus andanzas por los jardines encantados.

— Soy un pobre prisionero — decía cantando el picaflor — que un gigante malo y una bruja me tenían encerrado en la isla Rosada. Hace trescientos años me robaron de la casa de mis padres en el país de Corín y durante ese tiempo canto mis tristezas y mis nostalgias. Yo debo ser ahora un viejecito arrugado y lloroso, pues hace trescientos años era...

Clarisa, que se acordó de pronto de una historia que le contara su abuelita y que la sabía de memoria, dijo:

— Hace trescientos años era un lindo niño de cabellos de oro que cantaba como un ruiseñor y era orgullo de sus padres. Su hermosura era grande y unos malos gigantes lo robaron llevándolo a un país desconocido.

— Y desde entonces — siguió contando el picaflor — mi canto es triste y sin esperanza.

Clarisa, impresionada por esta escena, dejó escapar dos lágrimas.

La reina de las mariposas abrió la puertecita de la jaula dorada, tomó al pajarillo armonioso y aproximándolo al rostro de la niña le dió a beber las lágrimas que bajaban por las rosadas mejillas como dos estrellas por un cielo de seda.

El pajarillo se sacudió bruscamente y se transformó en un niño de cabellos dorados y grandes ojos azules.

Entonces la reina dijo:

— Estoy satisfecha. Todo se ha realizado según mis deseos. Tengo ante mí a la niña más hermosa de Corín y al niño encantado de la isla Rosada. Ordeno que se hagan grandes fiestas en su honor y en el de mi valiente enano Sandrín, a quien se debe en mucha parte el buen resultado de la empresa.

Ocho días duraron las fiestas y al cabo de ellas Clarisa manifestó a la reina sus deseos de volver a Corín.

— Pronto emprenderéis el viaje — dijo la reina, dando a la niña un racimo de trasparentes uvas.

— ¿Y yo? — preguntó Albino, que así se llamaba el niño de la isla Rosada.

— También tú — sonrió la reina, dándole otro racimo de uvas.

Cuando terminaron de comer las sabrosas frutas, ambos se quedaron dormidos.

La reina llamó a Sandrín y le dijo:

— Cuida su sueño, que durará doce años. Cuando despierten los llevarás a Corín en el carro de las mariposas azules.

— Bien majestad — dijo el enano, — y ayudado por las damas de la corte trasportó a los niños a una alcoba donde no llegaban los rumores del mundo ni el más fino rayo de luz.

VI

— Pronto verás a tu hija — decían los mensajes que recibía la mamá de Clarisa, enviados por la reina de las mariposas.

Ya habían transcurridos doce años desde que Clarisa desapareciera de su lado y, a no ser las noticias que de ella tenía con frecuencia, la buena señora hubiera sufrido muy crueles tormentos.

Un luminoso día de primavera apareció en el cielo de Corín un grupo de mariposas azules tratendo una ligera cestilla.

Dieron una vuelta al pueblo, y cuando todos los habitantes las hubieron visto y en tumultuosa carrera se echaron a las calles, las mariposas descendieron en la casa de Clarisa, dejaron su carga y se elevaron de nuevo.

No bien tocó el suelo la cestilla, surgieron de

ella Clarisa y Albino, y en medio de los dos el barbudo enano Sandrín.

Indescriptible fué el júbilo de la madre al reconocer en la bellísima joven a su adorada hija; y cuando el enano explicó al gentío quién era aquel apuesto doncel, el entusiasmo y la alegría llegaron al colmo.

Poco después se celebraron las bodas de Clarisa y Albino, siendo lo mejor de las fiestas el homenaje de las mariposas de Corín, que revolotearon sobre el pueblo durante varias horas dejando caer sobre las calles y los tejados una fina llovizna de polvillo dorado.

Cuando pasaron las fiestas y los esposos entraron a la casa donde habían de vivir largos y felices años, en un rincón de la plaza, sentado en una piedra y con el gorro caído a un lado, el buen enano Sandrín, sonriendo como una flor marchita bajo los postreros rayos del sol, contento por haber trabajado para la felicidad de Clarisa y Albino, cerró los ojos y se durmió para siempre.

EL ETERÓSCAFO DEL SABIO FIRCUZ

I

En la famosa comarca de Aurilandia vivía un sabio, notable por sus prodigiosos inventos. Se llamaba Firguz y habitaba una mansión de vastas proporciones, rodeada de extensos jardines y terrenos aplanados donde hacía toda clase de experimentos con los aparatos de su invención.

Firguz trabajaba ayudado por numeroso personal y continuamente se oía el rumor de las máquinas y las voces de mando.

Un día corrió la voz de que el sabio Firguz iba a probar públicamente uno de sus maravillosos inventos, y los habitantes de Aurilandia, ansiosos por conocer el nuevo prodigio, se reunían en las plazas públicas y cerca de los altos muros que rodeaban las propiedades del inventor, haciendo toda clase de conjeturas.

El que más hablaba y reunía mayor cantidad de gente era el zapatero Machuquín, un vejete calvo y narigudo que siempre tenía en la boca una pipa encendida. Entre los oyentes se encontra-

ba a menudo su nieto Linterna, un chiquillo vivaracho, de ojos redondos y saltones.

Linterna escuchaba con la mayor atención lo que su abuelo decía y una noche halló a uno de sus camaradas llamado Globito.

— Tengo una idea — le dijo; — vamos a saltar los muros y sabremos antes que nadie lo que es ese invento; pero debemos hacerlo en seguida, pues faltan pocos días para la exhibición.

Globito aceptó sobre tablas y los dos pilluelos se dirigieron resueltamente hacia los muros, más negros que las sombras de la noche.

No sin serias dificultades lograron escalarlos, y cuando estuvieron en el borde miraron la vasta extensión de los jardines y terrenos de experimentación.

— Nada se mueve — susurró Globito.

— Bajemos — mandó Linterna.

Y haciendo verdaderas pruebas de equilibrio descendieron al otro lado.

— El invento debe estar en aquel galpón.

— Vamos al galpón.

Agachándose y pasito a paso se acercaron a una gran construcción de metal que brillaba débilmente a la luz de unas pocas estrellas.

— Entremos, Globito. No tiembles.

— El que tiembla eres tú.

— Pues no temblemos y adelante.

Empujaron una ancha puerta que se abrió sin ruido. En el fondo había una pequeña luz roja.

Los muchachos avanzaron y uno de ellos dió con la cabeza en un cuerpo duro que resonó metálicamente.

— ¿Tienes fósforos, Globito?

— Sí.

— Enciende uno.

Globito raspó un fósforo y vieron un gran bulto cubierto con una lona gruesa y resistente.

— Este es el invento del sabio — dijo Linterna. — Vamos a levantar la lona. Pero antes traeremos aquella lamparilla.

La luz roja era producida por una lamparilla eléctrica fija en la pared. Cerca de ella había una llave y Linterna sin vacilar le dió una vuelta.

Se encendió de súbito una gran lámpara que colgaba del techo, derramando viva claridad.

En pocos minutos los muchachos quitaron las lonas y descubrieron un aparato en forma de barco submarino, con aletas brillantes a los lados como un pez.

— ¡Qué lindo! — exclamó Globito abriendo los ojos y la boca.

— Hay que saber lo que tiene adentro — dijo Linterna.

Por una escalerilla que estaba apoyada a un costado del aparato se treparon los audaces pilluelos, colándose bonitamente en el interior por una portezuela que estaba entreabierta.

— ¡Cuántos fierritos!

— No toques que puedes hacer reventar el apa-

rato — aconsejó Linterna, clavando sus ojos saltones en los numerosos resortes, tornillos, ruedas, alambres y cañerías que brillaban como si fueran de plata.

Embobados estaban contemplando tantas cosas desconocidas cuando alguien gritó:

— ¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Barbo?

Los pilletes se quedaron helados.

— ¡Barbo! ¿Eres tú? — repitieron más fuerte.

— Huyamos. Nos han descubierto — dijo Linterna, y dió un salto hacia la portezuela.

Pero tropezó en un cable enrollado en el piso y se fué de bruces.

Se produjo una fuerte conmoción y los muchachos creyeron llegada su última hora.

— ¿Qué pasa? — rugió la misma voz desde el fondo del aparato.

Linterna, que había estrechado a Globito contra su cuerpo, vió que se abría una portezuela y aparecía en ella, con la blanca cabellera desgreñada, el mismísimo sabio Firguz, y casi al mismo tiempo salió un hombre de cara roja y cabellos amarillentos, vestido con traje de mecánico.

— ¡Apresúrate, Barbo! — ordenó el viejo. — Busca lo que se ha descompuesto. Ese ruido ha sido muy parecido al del arranque del eteróscafo.

El colorado Barbo casi aplastó con sus botines descomunales a los intrusos cuando asomándose a la portezuela echó un vistazo hacia afuera.

— ¡Sabio Firguz! — gritó azorado. — El eteróscafo vuela a gran altura.

El viejo se acercó agitado, miró a su vez y dijo:

— Un poco más y saldremos de la atmósfera terrestre.

— ¿Qué hacemos?

— Cambia la dirección.

Y se lanzó al sitio donde los muchachos estaban acurrucados.

— ¡Oh! — exclamó el sabio, más rojo que Barbo por la ira — aquí están los pilastres que tienen la culpa de este viaje inesperado. ¿Quiénes sois? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí, bestezuelas infernales?

Barbo, que se fijaba continuamente en el barómetro, dijo:

— Maestro, subimos siempre.

Firguz comprendió que un minuto en aquellas circunstancias era muy valioso y, dejando sus reprensiones, apartó bruscamente a los muchachos y casi se desmayó al ver que la palanca que buscaba estaba torcida y no funcionaba.

— ¡Maldición! — bramó Barbo. — Estamos perdidos.

Un frío intenso, propio de las altas regiones que atravesaban velozmente, le hizo comprender que si no cerraban las aberturas exteriores iban a morir helados.

— ¡Cierra! — gritó. — Estamos en las últimas capas atmosféricas.

Linterna y Globito no comprendían gran cosa de lo que pasaba allí. Sin duda el sabio Firguz y su ayudante estaban locos al hacer tantos aspavientos. Y todo porque Linterna había bajado un fierro amarillento al caer sobre él.

— ¿Sabes Globito, lo que pasa?

— Yo no.

— Me parece que no estamos donde estábamos.

— No te entiendo.

— Digo que andamos por el aire y que este invento es un globo.

— Yo, que me llamo Globito, es la primera vez que ando en globo.

— Con tal que no nos tiren de cabeza desde tanta altura.

— Eso sería lo más grave.

— ¡Ah! Aquí tenemos un vidrio — dijo Linterna apoyando la nariz contra un grueso y redondo cristal.

— ¡Qué lejos estamos del suelo! ¿Te das cuenta, Globito? Cuando amanezca, ya no veremos nada.

— ¿Por qué?

— Porque habremos muerto de frío.

— Cierto. Hace un frío bárbaro.

Entretanto, Firguz y Barbo sudaban y resollaban afanados en arreglar el desperfecto de la palanca.

— El eteróscafo — bramaba el viejo — debe estar ya en los campos del cielo. Fíjate en el barómetro, Barbo.

El ayudante se acercó al aparato que mide la presión atmosférica y se le erizaron los cabellos.

— Maestro, la aguja no indica presión alguna. Debemos estar fuera de la atmósfera.

El viejo, comprendiendo que eran inútiles sus esfuerzos para arreglar la barra amarillenta, se enderezó y con un dedo en la frente se quedó un rato meditando.

— Tenemos aire respirable para tres días — dijo. — Pasado este tiempo la muerte sobrevendrá por asfixia, como es natural. El depósito de oxígeno está casi vacío, pues no pensaba hacer este viaje. Habrá que dirigir el eteróscafo hacia algún astro donde tengamos probabilidades de abastecernos y cambiar la palanca. Por cierto que el ensayo del eteróscafo iba a realizarlo con mayores precauciones, pero ya que estamos en el trance, hay que demostrar serenidad y... hasta ahora el viaje no va del todo mal.

Firguz se fijó en los muchachos, y su gesto de severidad se le borró bajo una sonrisa cariñosa. Al fin estos pequeños intrusos correrían la misma suerte que él y, en los campos del cielo, esos dos niños pobres e inteligentes quizás atrajeran para el eteróscafo la buena ventura que la maravilla de su construcción merecía.

— Levantáos — dijo el sabio. — No tengáis miedo a Firguz ni a Barbo, su ayudante. No tengáis miedo a mi eteróscafo que, a menos que choque con un bólido, nos llevará a buen puerto. ¿Cómo os llamáis?

— Yo me llamo Linterna y este otro Globito.

— Muy bien, Globito y Linterna; es necesario que sepáis lo que habéis hecho.

— Ya lo sabemos: hicimos andar el globo sin quererlo.

— Eso es. Y porque fué sin quererlo os lo perdono. Sois inteligentes y audaces y cuando volvamos a la tierra os enseñaré muchas cosas verdaderas y útiles y seréis dos notables ciudadanos de Aurilandia, porque aprenderéis esas cosas verdaderas. Muchos niños crecen sin darse cuenta de ellas, conformándose con la apariencia de las cosas, sin comprender que sólo tiene valor lo que ocultan esas apariencias, eso que se llama la esencia, lo primordial, el alma. No hay mal que por bien no venga, dice el refrán, pues esto que al principio creí que fuera un mal, y hasta puede serlo si la suerte así lo dispone, será un bien por la lección que aprenderéis en esta aventura. Este aparato volador no es un aeroplano. Es algo más que eso. El aeroplano sirve para volar en la atmósfera que envuelve la Tierra como un mar de aire de 70 a 80 kilómetros de altura. Este aparato, el eteróscafo, último invento del sabio que os habla, sirve para volar más allá del aire terrestre, por este

espacio por el cual viajamos ahora y que está lleno de otra especie de aire, el éter, como le llamamos nosotros, por medio del cual va de un astro a otro la luz y el calor. Por ello le he llamado eteróscafo. Me ha costado grandes sacrificios y casi la mitad de mi vida. Pero estoy contento. Veo que esos sacrificios han tenido cumplida recompensa al dar como fruto esta maravilla de la inteligencia humana.

— Maestro — dijo de pronto Barbo desde el fondo del eteróscafo: — es bueno recordar que no estéis dando clase en vuestro colegio y que debéis ocuparos de corregir la marcha del aparato.

— Tienes razón, Barbo. Pero estaba dando a estos salvajillos algunas explicaciones necesarias para que no vayan a ciegas por estos campos inconmensurables. ¿Hacia donde vamos, Barbo?

— Rectos hacia el Sol.

— ¿A qué velocidad?

— A doscientos kilómetros por segundo.

— Para no quemarnos vamos a dirigir el eteróscafo hacia aquel astro blanco por un lado y azul por el otro.

Dicho esto, el sabio movió una porción de resortes, dió vuelta varias llaves y en seguida el eteróscafo inclinó la proa brillante y aguda en dirección al astro azul y blanco.

Como Linterna y Globito daban señales de sueño, el sabio les mandó a la cabina de Barbo y allí se quedaron profundamente dormidos.

Muchas horas después despertaron por la voz de Firguz que decía alegremente.

—¡Eh! ¡Linterna y Globito! Ya llegamos al mundo de los dos soles. ¡Arriba!

Los muchachos se levantaron apresuradamente y fueron a pegar las narices en los cristales de proa.

—¡Qué lindo! —dijo Linterna.

—Ahora sí que nos romperemos la cabeza— aseguró Globito.

El eteróscafo, en efecto, volaba tranquilamente sobre montañas azules, ríos azules, bosques azules, en una atmósfera del mismo color.

El sabio, con el rostro resplandeciente de júbilo, vió que la palanca descompuesta funcionaba perfectamente y empuñandola con fuerza dijo:

—Bajaremos en aquel campo despejado.

A través de los cristales del eteróscafo entraba a raudales la luz de un día hermosamente azul y los muchachos de Aurilandia reían mirándose la cara y las ropas teñidas por aquella suavísima coloración.

Pocos minutos después el alargado y brillante navío del espacio se posaba junto a unos altísimos árboles cargados de hojas y de frutos refulgentes como grandes y deslumbrantes zafiros.

Barbo, a una indicación de su maestro, abrió una de las portezuelas, colocó una escalerilla y por ella descendieron los tripulantes del aparato maravilloso.

No bien tocaron el suelo un vocerío estridente llegó hasta allí y a poco apareció una multitud de seres parecidos a los habitantes de la Tierra, pero más corpulentos. Vestían amplios mantos que al andar se agitaban graciosamente y hablaban una lengua completamente desconocida para los de Aurilandia.

Firguz, el más sabio de los aurilandeses, conocía muchos idiomas, pero no comprendía ni jota de lo que decían aquellos gigantes ensabanados.

Por señas les dió a entender que venían de un lejano país en ese aparato que tan profundamente les llamaba la atención.

Globito se abrazó a las piernas de Barbo y Linterna se le colgó de la chaqueta, abriendo desmesuradamente los ojos.

— Estamos soñando — dijo Linterna.

— Yo creo que estamos muertos — murmuró Globito. — Hemos muerto sin rompernos la cabeza.

Entretanto Firguz, rodeado de los más principales de aquel gentío, hacía grandes esfuerzos para explicarles el viaje. Parecían entenderle, porque lanzaban exclamaciones de asombro y movían las cabezotas aprobando gravemente.

Uno de ellos habló a los demás agitando los brazos y luego hizo unas señas a Firguz como diciendo:

— Os llevaremos allí.

El sabio se volvió a sus paisanos y dijo:

— No tengáis miedo. Son buenas gentes y quieren conducirnos a su ciudad.

En seguida el que habló anteriormente cogió a Firguz y se lo puso en un hombro; otro hizo lo mismo con Barbo y un tercero tomó a Linterna y a Globito, uno en cada mano.

Y echaron a andar dejando una docena de guardias para cuidar el eteróscafo.

II

— Habéis de saber, muchachos, que este planeta donde estamos tiene un nombre especial que yo he traducido así: Bicrom.

Esto dijo el sabio Firguz apoyado en una ventana del palacio donde había sido alojado con sus compañeros de viaje.

Linterna y Globito le escuchaban con la mayor atención, a pesar de que hacía ya una semana que aquel viejo les hablaba continuamente de toda clase de asuntos, pero todos relacionados con el mundo de los dos soles.

— Maestro — dijo Linterna; — ya es hora de dar nuestro paseo. El Sol blanco está saliendo ya.

— Tienes razón, pequeño. Iremos por el lado de la montaña y allí os explicaré algo muy importante sobre Bicrom. ¡Barbo!

— Ordenad, maestro.

— Ve hasta el eteróscafo y revísalo prolijamente. Dentro de poco volaremos alrededor de Bicrom.

— Bien, maestro.

El ayudante se retiró y Firguz tomó de la mano a Linterna y a Globito y se fué con ellos hacia la montaña.

La inmensa mole de rocas resplandecía bajo el Sol blanco que asomaba lentamente, mientras que, por el lado opuesto, el Sol azul descendía sobre espesas y extendidas selvas.

— Subamos hasta aquella meseta — dijo Firguz. — Desde allí dominaremos mejor el paisaje. Es la hora de los dos crepúsculos, propicia a la lección que voy a daros.

Los niños, correteando como cabrillas, llegaron antes que el sabio y palmoteando alegremente miraron en todos sentidos.

Firguz subió a su vez a la meseta, que era una piedra cuadrangular y plana, y extendiendo los brazos señaló los dos soles.

— Dos crepúsculos — dijo — elevan su misterio sobre nuestras cabezas. En el silencio de esta montaña, nosotros, los venidos de la lejana Tierra, somos también dos crepúsculos. Vosotros el crepúsculo de la mañana; yo el de la tarde. Vosotros comenzáis a vivir y yo termino. Pero en mi larga vida alcancé la sabiduría, es decir, aprendí a conocer la verdad. La verdad está en la ciencia y también en el corazón. Mas en Aurilandia, el

hermoso país de donde venimos, si la verdad de la ciencia brilla a los ojos de todos, la verdad que está en nuestro corazón permanece generalmente muy oculta. Y la apariencia, lo que está afuera, la cáscara, lo que es pasajero, impera entre las gentes.

Los muchachos miraban al maestro que, alta la frente y la barba azulada y blanquecina, siguió hablando con emocionada voz.

— En este planeta, ya he tenido tiempo de observarlo, flota en el aire, se encarama en las cumbres, se desliza sobre los ríos, se perfuma en las selvas, entra en las ciudades, florece en la boca de las gentes, ríe en el rostro de los pequeños y marcha segura y pacífica en la pupila de las bestias toda la verdad, la eterna, la pura, la valiente verdad. En este planeta no hay sombras nocturnas en el suelo ni en los corazones. Todo está abierto a la luz de sus dos soles. La verdad de la ciencia fluye del astro blanco; la verdad del corazón baja del astro azul.

Calló el anciano unos instantes, y luego, alzando el brazo, indicó a los niños un punto brillante del cielo.

— ¿Veis aquella pequeña luz?

— Sí, maestro; es una estrella.

— No; es la Tierra. Allí está nuestra Aurilandia. Millones de kilómetros nos separan de ella. ¿Queréis volver allí?

— Cuanto antes — dijo Linterna.

— En seguida — apoyó Globito.

— ¿Por qué tanto apuro?

— Echamos de menos nuestra casa.

— Volveremos — dijo el sabio; — pero con una condición: allí me ayudaréis en mis trabajos. Tengo un gran proyecto, y vosotros me seréis muy útiles.

Aceptaron los muchachos y luego de mirar por última vez el hermoso panorama que se extendía a sus pies, descendieron al valle y se encaminaron al palacio.

III

Gran alboroto había en todo el país de Bicrom a causa de que el sabio Firguz iba a dar varias vueltas alrededor del planeta volando en su eteróscafo.

Millones de bicromanos se lanzaron por las calles y los campos para ver el aparato prodigioso, y muchos se subieron a las cumbres de las montañas provistos de poderosos catalejos.

Barbo había puesto el eteróscafo en perfectas condiciones, y el sabio Firguz, Linterna y Globito, seguidos por una gran multitud de bicromanos, se dirigieron al sitio desde donde habían de emprender el vuelo.

El Sol blanco reverberaba en lo alto, y una

brisa suave y perfumada soplaba desde las selvas próximas.

Entre estruendosas aclamaciones, los cuatro aurilandeses entraron en el eteróscafo, y el sabio, agitando las manos en señal de despedida, dijo:

— ¡Bicromanos! Vamos al encuentro de vuestro Sol azul. Hasta la vista.

Cerró la portezuela, asió la palanca amarillenta y después de sacudirse como aquella noche en el galpón de exhibiciones, el eteróscafo se elevó velozmente hundiendo la aguda proa en la atmósfera trasparente y luminosa.

De todos los puntos de Bicrom se elevaban exclamaciones de asombro y rumor de aplausos a medida que el aparato pasaba sobre ellos.

— Daremos una vuelta a Bicrom. — dijo Firguz — y luego tomaremos rumbo a la Tierra.

Linterna y Globito, llenos de alegría, miraban a través de los cristales cómo cambiaba por momentos el aspecto del paisaje que se deslizaba muy abajo, y lanzaban exclamaciones de sorpresa cuando veían sobre la cumbre de las montañas apiñados grupos de bicromanos con el rostro vuelto hacia ellos y los catalejos sobre los ojos.

— He ahí el Sol azul — indicó Firguz. — Pronto daremos la vuelta completa.

De nuevo los muchachos rieron al verse la cara y las ropas teñidas con la suavísima luz de aquel astro, y las montañas azules, los ríos azules y los bosques azules pasaron ante los cristales del ete-

róscafo como si todo aquello fuera hecho de cielo y de mar.

— ¡Barbo! — gritó el sabio.

— Mandad.

— Da la fuerza máxima.

Barbo torció una llave, apretó algunos botones blancos, y a una segura maniobra de Firguz el eteróscafo inclinó suavemente la proa hacia el espacio inconmensurable poblado de millones de astros, pero fija su línea de avance hacia un punto luminoso y exiguo, la hermosa Tierra, la patria de los audaces viajeros.

IV

En Aurilandia reinaba profunda consternación. Ya habían trascurrido tres semanas desde que, sin dar ningún aviso, el sabio Firguz se elevara en el aparato de su invención, y muchos empezaron a creer en una pérdida irreparable.

Pero una mañana el zapatero Machuquín, muy apesadumbrado por la desaparición de su nieto Linterna, miraba con ojos lacrimosos el cielo desierto, cuando descubrió un punto brillante que se agrandaba por momentos.

— ¡Ahí vienen! — exclamó. — Y arrojando la lezna y el martillo se lanzó por las calles repitiendo:

—¡Ahí vienen!

La noticia se extendió inmediatamente, y toda la población en masa echó a correr hacia las propiedades de Firguz.

En efecto, el eteróscafo descendía velozmente por la atmósfera clarísima, y después de describir varios círculos sobre Aurilandia, en medio de fragorosa gritería y estrepitosos aplausos, aterrizó suavemente a pocos pasos del galpón de exhibiciones.

El gentío se apretaba contra los altos muros, que en parte comenzaron a desmoronarse, y por las brechas se precipitaron millares de aurilandeses, siendo inútiles los esfuerzos de los auxiliares del sabio para evitar la violenta irrupción.

Un clamoreo ensordecedor formaron los vítores y exclamaciones de alegría, y entre el vasto oleaje de la muchedumbre se vió de pronto a los cuatro viajeros que, en hombros de los más entusiastas, sonreían y agitaban los brazos agradeciendo tantos homenajes.

Tres días con tres noches duraron los agasajos de Aurilandia al sabio Firguz y a sus compañeros de aventura, fiestas que tuvieron como coronamiento una gran velada, al cabo de la cual el sabio, teniendo a su lado a Linterna, Globito y Barbo, pronunció una extensa conferencia relativa al maravilloso eteróscafo y al viaje que hicieron con él al planeta Bicrom.

Linterna y Globito, vestidos decentemente y

muy circunspectos, escuchaban la palabra de su maestro y se daban con el codo cada vez que descubrían algún muchacho conocido entre el numeroso público. Pero se quedaron quietos al oir que Firguz levantaba la voz diciendo:

— ¡Aurilandeses! Estos dos valientes muchachos os van a decir lo que han aprendido en el largo y estupendo viaje. A ver tú, Linterna.

El hijo del zapatero Machuquín se arregló la corbata, miró hacia arriba y levantando el índice de la diestra, dijo:

— En Bicrom ví un Sol blanco que representaba la verdad de la ciencia, semejante al que alumbra en Aurilandia.

— Ahora tú, Globito — indicó el sabio.

El aludido se abotonó con cuidado la chaqueta recién estrenada, y dijo:

— En Bicrom ví un Sol azul que representaba la verdad del corazón. Aquí no tenemos un sol como ese.

Entonces el sabio y venerable Firguz se irguió lo más que pudo, y su voz se extendió poderosa sobre los admirados aurilandeses.

— Pero tenemos la verdad del corazón. En lo profundo de nuestro ser está limpia y sin mancha esa verdad. Pocos son los que la revelan. Ellos son los humildes, los valientes, los héroes y los mártires. Los cobardes, los traidores, los pillos, los que para conseguir éxitos pasajeros se disfrazan y sobredoran y dicen palabras que suenan

a hueco porque son mentirosas, esos esconden la verdad, la arrinconan, la privan de la luz del día, pero no la matan. ¡Aurilandeses! Yo, el sabio Firguz, y estos mis compañeros de viaje al mundo de los dos soles, vamos a trabajar para que sobre Aurilandia surja algún día otro sol, azul como el de los bicromanos, formado por la luz de la verdad, de la noble y siempre vencedora verdad, y si ese sol no se elevara en el cielo como el de Bicrom, lo veremos radiante y cálido en el fondo de nosotros mismos cuando nos sintamos buenos, generosos, llenos de franqueza y dichosos por tener a flor de labios la hermosa sinceridad del corazón.

Los aurilandeses aplaudieron débilmente a Firguz y se retiraron pensativos y cabizbajos.

El sabio se mostró satisfecho, y dijo a sus alumnos:

— Algo hemos hecho ya. Tengo esperanza en el porvenir; y el porvenir sois vosotros.

Linterna y Globito se miraron en silencio.

Tenían los ojos azules.

FLORIÁN

I

El zapatero Suelín, sintiendo que llegaba su última hora, llamó a sus cuatro hijos y les habló de esta manera:

—Hijos míos: pronto voy a dejar este mundo; cada uno de vosotros tenéis un oficio, excepto tú, Florián, que hasta ahora no has demostrado simpatía por ninguno. Deseo que con el ejemplo de los que trabajan, habrás de aprender la manera de ganarte el sustento y formar, a su debido tiempo, tu hogar. No os dejo, queridos hijos, más herencia que esta casucha donde os crié, y mis pocas herramientas de zapatero. Yo también, como vosotros, no recibí de mis padres mayores bienes, y, sin embargo, he vivido feliz y he podido formar tres hombres de labor. Florián, pequeño mío: no olvides que el trabajo honrado y continuo, aunque no dé grandes riquezas, es la base de la felicidad.

Suelín estrechó las manos de sus hijos y poco después dejó de existir.

Los tres hemanos que tenían oficio comenzaron en seguida a trabajar de firme. Uno era carpintero, y desde que asomaba el sol se le oía aserrar sus maderas y clavar con su martillo; otro era albañil, y no le faltaba una pared que levantar o un horno que construir; y el tercero fabricaba ladrillos para las casas de sus vecinos.

Durante algunos meses todo marchó perfectamente. Pero un día, reunidos los tres trabajadores en la casa paterna, comenzaron a quejarse de Florián.

— Es un zángano — dijo el albañil.

— Un completo haragán — afirmó el carpintero.

— No sirve para nada, y nosotros no podemos mantenerlo por más tiempo.

Esto dijo el ladrillero en el preciso instante en que Florián aparecía en la puerta.

— ¿Ya estáis hablando de mí? — dijo el recién llegado arrojando su gorra en una silla.

— ¡Sí! — gritó el ladrillero. — Esto ya no se puede tolerar. O trabajas, o te vas a la calle.

Florián miró con calma a sus hermanos, levantó su gorra y sin decir una palabra salió, cerrando la puerta bruscamente.

Los tres trabajadores se quedaron con la vista en el suelo. Uno de ellos dijo de pronto:

— Florián tiene apenas ocho años, y no es justo que lo arrojemos de nuestro lado.

— ¡Ya empiezas con tus blanduras! — exclamó el ladrillero encolerizado. — De ocho años ya se puede

trabajar. Pero, si quieres, lo traigo en seguida.

Y abriendo la puerta miró hacia afuera.

La calle estaba desierta.

—

En vano se buscó al pequeño Florián por todos los andurriales del pueblo.

— ¿Habéis visto a un niño rubio, de ojos azules, que viste traje gris y desgarrado? — preguntaban los hermanos trabajadores a todo el que encontraban por la calle.

— ¿Aquel que andaba siempre mirando para arriba? No lo hemos visto. Seguramente se cayó en un pozo, de puro distraído — contestaban algunos, riendo de buena gana.

— En efecto — decía uno de los hermanos, — Florián tenía esa costumbre de mirar a lo lejos. Debe estar en un pozo.

Exploraron todos los pozos y acequias, pero inútilmente.

Florián había desaparecido.

II

La gran ciudad de Aurilandia celebraba con grandes fiestas el primer centenario de su funda-

ción. Gentes de todos los países llegaban a rendir su homenaje al esfuerzo inteligente de los aurilandeses que en una centuria habían formado aquel magnífico emporio. Los edificios de muchos pisos, cubiertos de banderas multicolores, parecían tocar las nubes con sus agudas cúpulas, y por la noche sus fachadas iluminadas profusamente daban a la ciudad un aspecto fantástico y deslumbrador.

Del interior del país llegaban contínuamente largos trenes repletos de pasajeros que, al bajar en las estaciones, abrían los ojos asombrados y sonreían satisfechos y orgullosos de su hermosa y fuerte capital. Entre ellos se destacaban tres hombres de robusta apariencia, muy parecidos entre sí.

Estaban indecisos frente a una gran plaza en cuyo centro se alzaba una torre cuadrada de severas líneas, cuando uno de ellos dijo:

— Hacia aquel lado va mucha gente. Vamos allí.

— Vamos — aprobaron los otros; — y en pocos minutos se encontraron a las puertas de un imponente palacio de extraña arquitectura.

Entraron uno tras otro, tomados de la mano para no perderse entre el gentío, y no tardaron en darse cuenta del sitio en que estaban: era el Museo de Bellas Artes de Aurilandia.

Los hijos del zapatero Suelín, que no eran otros, comenzaron a recorrer los vastos salones, deteniéndose ante los hermosos cuadros que cubrían los muros, y diciendo a cada paso:

—¡Qué lindo!

Era la única forma en que podían exteriorizar su admiración y su placer ante las magníficas obras de arte del riquísimo museo.

De repente, los tres hermanos se estremecieron de pies a cabeza. Un cuadro de grandes proporciones, con ancho marco amarillo, representaba una escena que reconocieron inmediatamente. En un camastro estaba un anciano de barbas grises y enmarañadas y la frente rugosa tocada por la palidez de la muerte. Brillábanle los ojos como si fueran reales, y la boca entreabierta estaba tan bien pintada que los tres hermanos sintieron claramente en sus oídos las últimas palabras del buen anciano.

—¡Padre! — exclamaron, estrechándose entre sí.

— Ahí estamos nosotros — murmuraron luego.

En efecto, los hijos del zapatero, como aquel día en que el viejo los llamara para darles su últimos consejos, rodeaban el camastro, con sus ropas de taller, las cabezas desgreñadas y el dolor en los rostros oscuros ante la agonía de su padre.

Había frente al cuadro varias personas, las cuales se volvieron curiosas al oir lo que decían aquellos hombres.

Los hijos de Suelín, emocionados como estaban, no se percataron de que el grupo de curiosos aumentaba por momentos, unos para admirar la tela, otros para averiguar quiénes eran esos hombres que tenían los ojos llenos de lágrimas.

De pronto un señor alto y delgado, de ojos azules y crespa barba rubia, se abrió paso entre los curiosos.

— El pintor, el famoso artista — murmuraron algunos, apartándose con respeto.

El señor de la barba rubia se acercó a los obreros, y un grito se escapó de sus labios:

— ¡Hermanos!

Los tres hombres miraron boquiabiertos al personaje que de esta manera se dirigía a ellos, y creyendo en una equivocación trataron de alejarse.

— Hermanos míos; ¿no me reconocéis? — exclamó el pintor abriendo los brazos.

— ¡Florián! — prorrumpieron los obreros, y uno tras otro estrecharon contra su pecho al artista famoso.

III

Todo era ruido y algazara en la ciudad de Aurilandia la noche del centenario.

Enormes multitudes iban de un lado a otro por las anchas calles, agolpándose en las plazas donde se celebraban animadas y pintorescas ferias.

Las luces de la ciudad eran tantas que desde la distancia parecía que el sol surgiera de su seno dispersando su lumbre de aurora por el aire estremecido de músicas y canciones.

.. Los chiquillos que pasaban se detenían a mirar mi obra...

En el décimo piso de un enorme edificio, donde se hallaba instalado un amplio y lujoso comedor, rodeaban una mesa cubierta de flores los cuatro hijos del zapatero Suelín.

— Cuéntanos tu vida — dijo uno de los hermanos a Florián.

El famoso pintor, que no deseaba otra cosa, comenzó diciendo:

— Recordaréis cómo salí de nuestra casa. Yo era un zángano, un perfecto inútil que sólo de carga servía a mis hermanos. Sin rumbo fijo comencé a andar, hasta que al fin llegué a una gran ciudad. Allí anduve vagando varios días, comiendo lo que encontraba a mano y durmiendo bajo los portales. Una noche me eché al pie de un palacio magnífico cuyos muros eran de blanquísimo mármol, y al amanecer me despertó el traqueteo de un carro, que, al dar junto a mí un barquinazo, dejó caer unos pedazos de carbón. No despierto del todo, me puse a rayar el mármol del palacio. Al rato ya tenía hecho un dibujo que me pareció excelente. Los chiquillos que pasaban se detenían a mirar mi obra, y llegó un momento en que había más de una docena a mi alrededor. De pronto salió del palacio un hombre de imponente aspecto, que al notar lo que yo había hecho en su casa se puso furioso y tomándome de un brazo me sacudió terriblemente. Los chiquillos echaron a correr, y yo me dí por muerto. Pero de repente

el hombre me soltó, y luego de observar de cerca mi dibujo me dijo:

— "Muchacho: tienes condiciones para ser un gran artista."

Y antes de que yo dijera una palabra, me introdujo en el palacio por una escalera alfombrada. Apenas podía dar crédito a lo que veían mis ojos. Lo que más me llamó la atención, fueron las paredes de los lujosos salones. En ellas estaban pintados bellísimos paisajes, lagos azules al pie de montañas floridas, animales monstruosos y mujeres de blancura deslumbrante, pájaros de plumajes multicolores, bosques sombríos bajo cielos que amenazaban lluvia, y por fin rostros humanos que reían y lloraban en un silencio extraño.

— Ahora voy a llevarte a un salón más hermoso que éste — me dijo el hombre.

Abrió una puertecita, y me hizo pasar por ella. Sentí un ruido y me volví sobresaltado. La puerta se había cerrado detrás de mí, o, mejor dicho, había desaparecido, pues en su lugar ví una pared lisa y baja de un cuartito lleno de trastos viejos. Entre ellos había algunos frascos de pintura, varios pinceles, y arrimada a la pared una tela blanquecina estirada sobre un bastidor de madera. Había también unas mantas extendidas en el piso de ladrillos desparejos, y sobre ellas me acosté, pues sentía un gran fatiga. Dormí mucho tiempo, soñando con paisajes espléndidos, donde los colores se mezclaban en mil caprichosas formas, y, cuando

desperté, una gran congoja me apretó el corazón. Llamé, grité con todas mis fuerzas, pero nadie me respondió. Volví a dormirme, y en sueños ví al personaje del palacio que, de pie junto a mí, señalaba la tela blanquecina con el brazo extendido. Inmediatamente abrí los ojos y me enderecé. Tomé uno de los pinceles y comencé a manchar la tela. Sentí tanta alegría al hacer aquello, que estuve no sé cuánto tiempo afanado en pintar una cabeza humana. A mis espaldas se había abierto un boquete, y al notarlo arrojé el pincel y salí del cuartucho. Estaba en una calle llena de sol. Por fin era libre y podía buscarme alimentos, pues tenía un regular apetito. No sé cómo me procuré un pedazo de pan. Iba a comerlo cuando recordé del dueño del palacio y de la tela que me había ordenado pintar. Me vino un gran deseo de continuar mi cabeza humana. La noche caía sobre la ciudad, y me apresuré a volver a mi cuartito. Comiendo mi pan reanudé la tarea con tanto entusiasmo que aquella noche no me acordé de dormir. Amanecía cuando oí una voz a mis espaldas:

— Muchacho: has demostrado que tienes vocación para la pintura. De otro modo no hubieras vuelto a este sitio.

Era el dueño del palacio, que estaba detrás de mí, y a su lado uno de sus sirvientes tenía un paquete en los brazos.

— Vístelo en seguida — ordenó el dueño, — que voy a presentarlo a sus profesores.

El sirviente se apresuró a cambiarme de ropas, y luego se abrió la pared del fondo. Por allí pasamos a un salón más lujoso que el de la primera vez, donde estaban tres graves personajes de ojos oscuros y larga cabellera ondulada.

El dueño del palacio me tomó de una mano y dijo:

— Ilustres maestros; éste es vuestro nuevo discípulo. Os recomiendo su instrucción, y deseo que a mi regreso me dé algunas pruebas de su aprovechamiento. Voy a emprender un prolongado viaje para resolver importantes asuntos.

Se inclinó gravemente y se retiró.

Los tres maestros comenzaron desde ese día a instruirme en el maravilloso arte. Yo me sentía el niño más feliz de la tierra al notar mis rápidos progresos. Cuando regresó mi protector, se encontró con una serie de cuadros que yo había realizado a la perfección. Me abrazó alegremente, y me dijo:

— Muy bien muchacho. Con estos cuadros tienes abierto el camino del triunfo. Te dejo librado a tus propias fuerzas. Me ausento al extranjero, y es posible que ya no vuelva por aquí. Este palacio ya no me pertenece. Vende tus cuadros e instala un taller.

Algunos días después, mi protector se fué de Aurilandia. Yo compré una casa, pues había ganado buena suma de dinero con la venta de mis obras. Continué trabajando con empeño, y últimamente obtuve el "Gran Premio Nacional de

Pintura", creado con motivo del centenario de Aurilandia. El cuadro premiado es aquel que tanta impresión os produjo en el Museo de Bellas Artes. En él estáis vosotros en torno de nuestro padre recibiendo las últimas palabras, y también está aquel muchacho que andaba siempre distraído mirando a lo lejos, al que las gentes del pueblo llamaban Florián el ocioso.

Calló un momento el artista, y luego con acento grave continuó:

— Esa costumbre de fijar los ojos en la lejanía no la he perdido, ni la perderé jamás. En mi pueblo miraba el cielo hermoso, la montaña imponente, el bosque extenso, las nubes incomparables. Los colores de la libre naturaleza eran la fiesta de mis ojos, e igualmente me entusiasmaba la aurora como el brillo humilde de una hierbecilla mojada de rocío. Florián, el ocioso de la aldea, se maravillaba ante esa belleza, y ahora Florián de Aurilandia sigue maravillándose, y está satisfecho por haber conseguido fijar sobre la tela de sus cuadros la suprema armonía de la luz.

Hermanos míos: mi historia os habrá enseñado que no supísteis comprender al pequeño Florián, a quien porque no trabajaba en faenas manuales, lo expulsásteis aquel día del hogar paterno. Pero no sois los únicos que estáis equivocados. Muchos como vosotros consideran ocioso al que no forja el hierro, asierra la madera o dirige el arado; a todo el que, como yo, busca el encanto de la be-

lleza eterna para alegría de todos y para hacer más elevada y noble la vida de los hombres.

El bullicio de la ciudad parecía un vasto rumor de aprobación a las palabras de Florián.

El carpintero, el albañil y el ladrillero habían comprendido a su hermano, y con sus toscas manos le acariciaron los hombros.

Florián de Aurilandia, vuelto hacia la ventana, tenía la mirada luminosa perdida en las lejanas estrellas.

GARAFITA

I

Hacía varios días que los cocineros del conde Tragavidrios andaban echando pestes contra todo el mundo. Lo que les sucedía era sencillamente terrible.

En vano se valían de todas clases de armas, para matar al enemigo. Este se libraba tanto de los cascanueces como de los repasadores.

— ¡Maldita sea! — bramaba con su voz de trueno el jefe de cocina, rascándose la coronilla con un rallador.

— ¿No acabaremos con esta impertinente?

— De este modo, lo que conseguiremos será volvernos locos — sentenció un marmitón sentándose en el suelo de pura rabia.

— Nos lo ensucia todo — gritó el jefe de cocina, golpeando el techo con un asador, pues allí acababa de situarse el enemigo.

Pero lo que decía el buen jefe de cocina no era verdad. ¡Qué esperanza! Ella no ensuciaba nada.

¡Qué iba a ensuciar! Bien que le repugnaba el contacto con esa gentuza que tanto se le parecía. Todos los días, antes de hacer su recorrido por la cocina, se lavaba con cuidado en la gota de agua que caía del grifo dorado, y luego, si había sol, daba una vuelta por los patios del palacio. No podía ser más limpia, y esto extrañaba a sus desaseadas congéneres, que tenían un alto así de mugre en las patas; y es claro, en donde se posaban tenían que hacer un barro.

Cuando el jefe de cocina dió el tremendo golpe en el techo, ella ya no estaba allí. Había salido por la ventana, y aunque no tardaría en regresar, por lo menos su corta ausencia calmaba a los pobres cocineros que no podían más con semejante intrusa.

Así, mientras aderezaban los ricos platos que debían comer ellos y el conde Tragavidrios, y olvidados un poco de sus martirios, se pusieron a conversar de los sucesos más importantes del momento.

— El hijo del conde — decía con cierto misterio uno de ellos picando una cebolla grande como su cabeza, — va a emprender dentro de poco un viaje al reino de Zallivé. Dicen que va a conocer a la princesa Tasarí, para casarse luego con ella.

— La princesa Tasarí ya está comprometida con el marqués Larguirucho.

— Son mentiras; el marqués Larguirucho ha

jurado que no se casará con una princesa extranjera.

— ¿Y el hijo del conde?

— El sí se casará, porque le conviene. Así será rey de Zallivé.

— Entonces... ¡viva el vizconde Mohín y la princesa Ta...!

El marmitón no pudo concluir, pues algo se le entró en la garganta y comenzó a toser estrepitosamente.

¿Qué ocurrió? Pues que el enemigo había vuelto y acababa de metérsele en la garganta para luego escapar revoloteando nerviosamente.

— ¡Ella es! — gritó el jefe de cocina arrojando una cuchara contra la pared.

— Si, e... lla... es... — balbuceó el pobre marmitón con la cara congestionada por la tos.

La Mosca, la dorada Mosca, que era la terrible pesadilla de los cocineros del conde Tragavidrios, se paseaba después de su hazaña a lo largo de un asador, frotándose de vez en cuando las patitas y estirando la trompa como hacen los niños cuando están enojados.

II

El vizconde Mohín, hijo del conde Tragavidrios, estaba sentado en su salón de estudios con la cabeza inclinada hacia el suelo. Una gran preocupación lo tenía en esa forma, desde que el conde, su papá, le ordenara que hiciera el viaje a Zallivé.

De pronto se dió una palmada en la frente, como hacen los alumnos en los exámenes cuando quieren acordarse de lo que no saben, y dijo:

— Voy a ver a Epagón. El me ayudará.

Tomó su gran sombrero con pluma blanca, y en pocos minutos estuvo en casa de Epagón, un mago tan viejo como pícaro.

Cuando Mohín llamó a la puerta, el mago estaba en lo más difícil de una operación misteriosa.

— ¿Quién es el impertinente que viene a interrumpirme? — gritó tomando una pesada barra de hierro.

— El vizconde Mohín. Abre, que una gran pesadumbre me acongoja.

Al oir esto, Epagón dejó la barra de hierro, y sonriendo hizo pasar al vizconde.

— Cuenta lo que te ocurre — dijo, peinándose las barbas con los dedos. — Ya sabes que yo soy amigo de Tragavidrios.

— Una gran pesadumbre me acongoja. Mi padre quiere hacerme casar con la princesa Tasarí, pero yo estoy enamorado de mi prima Garafita. Mañana debo hacer un viaje a Zallivé para conocer a Tasarí.

— Ya lo sé. ¿Y por qué no te gusta esa princesa? Es mejor que Garafita, pues...

— Nunca — gritó Mohín. — Garafita es más hermosa que Tasarí.

— Puede ser, pero ya no hay remedio. Garafita ha desaparecido de su casa y nadie sabe qué ha sido de ella.

— ¿Cómo?

— Lo que has oído.

Mohín se tiró al suelo y se revolcó un rato dando alaridos.

— No grites tanto — dijo el mago — que vas a descomponer mis aparatos.

Pero Mohín no se calló hasta que Epagón lo obligó a ello poniéndole un poco de sal en la boca.

El vizconde, escupiendo a todos lados, dijo entonces:

— ¿Y no se puede saber dónde está mi Garafita?

— Es mejor que no lo sepas, porque tu pena será tan grande que te morirás.

— Aunque me muera y me remuera, yo quiero saberlo.

Mohín era caprichoso, y el mago, por respeto al conde Tragavidrios y por temor de que su hijito le tire de las amadas barbas, le prometió

hacer algunos trabajos mágicos para averiguar el paradero de Garafita.

Con esta promesa el vizconde volvió a su casa algo sosegado.

Al día siguiente el conde Tragavidrios dió un abrazo a su hijo, y éste, con el humor más pésimo del mundo, montó en el caballo, que ya estaba listo con sus ricos jaeces, y partió para Zallivé.

En su ausencia sucedieron cosas extrañas en el palacio del conde.

Ya no eran sólo los cocineros los mártires de la Mosca Dorada. El mismo conde sufría atrozmente con este endiablado bichejo. No le dejaba ni a sol ni a sombra. En la mesa se le sentaba en la punta de la nariz y le hacía derramar la sopa sobre el mantel; en la cama le bailaba en las orejas sin dejarlo conciliar el sueño, y así en todo sitio lo atormentaba a más y mejor.

Tragavidrios tuvo que ir a lo de Epagón.

— Hola, conde — dijo el mago, bajando de una mesa donde bailaba una danza mágica. — Llegas a tiempo, pues me hacía falta una espada para terminar mi exorcismo.

— Déjate de exorcismos y dime qué puedo hacer para librarme de una endemoniada mosca que no me deja vivir.

— Ajá... ajá... una mosca, ¿eh? Bien sabes que no es tal mosca.

— ¿Cómo?

— Por mis aparatos lo descubro todo. ¿Conoces a la maga Zinzina?

— Sí

— ¿Dónde está ahora?

— En Zallivé. Fué a proteger a Mohín y para que la princesa Ta... ta... ah... ah... ¡atchiss!

Tragavidrios había sentido una comezón violenta en la nariz, y lanzó tal estornudo que Epagón fué a dar con las espaldas en la pared.

Aquello era el colmo. Allí estaba la Mosca. Había venido detrás del conde, y a tiempo que éste iba a pronunciar el nombre de la princesa de Zallivé, le hizo dar ese terrible estornudo.

Cuando Tragavidrios se repuso del ataque nasal desenvainó la espada y comenzó a perseguir a la Mosca. ¡Qué manera de dar tajos! El tremendo conde no dejó nada entero en el laboratorio de Epagón. El mago lloraba golpeándose la frente contra el suelo y arrancándose las amadas barbas.

— Me arruinas, conde, me arruinas — gemía el pobre mago.

Pero el furioso papá de Mohín sólo se apaciguó cuando el brazo le quedó inerte de puro cansancio.

IV

Ocho días después regresó de Zallivé el vizconde Mohín. Había conocido a la princesa Tasarí y, como se lo imaginaba, todo quedó resuelto a pesar de su mal talante.

El casamiento se arregló para la semana próxima, y el conde, al saberlo, se olvidó un poco de su desgracia.

Vosotros habréis visto, queridos niños, si tuvísteis oportunidad — pues algunos, aunque tenéis ojos, no podéis ver cosas reservadas para unos pocos; — digo, que vosotros habréis visto cómo se preparan las casas para los casamientos de rumbo, es decir, cuando los que se casan tienen mucho dinero. Pues esos arreglos son miserias en comparación con los que se hicieron para las bodas de Mohín y Tasarí.

Una persona se ocupaba, más que todas las demás gentes, en esos preparativos, y ésta era la maga Zinzina. Había que ver a la vieja Zinzina yendo de un salón a otro, dando órdenes aquí, reprendiendo allá, gritando en todas partes. Parecía verdaderamente una de esas brujas que se pintan en los cuentos infantiles; pero ésta no tenía

escoba. Los criados si la tenían, pues el palacio del conde Tragavidrios era grande y allí la gente se ocupaba poco en limpiar los pisos.

Solamente cuando el conde se acercaba a Zinzina, la maga se deshacía en zalameras contorsiones.

— ¿Qué te parece conde? ¿Te gusta así? Esta cortina quedará mejor en esta forma.

— Haz lo que quieras — respondía Tragavidrios contento de la diligente maga.

Llegó el día de las bodas, y llegó por lo tanto la princesa Tasarí con su papá, el rey de Zallivé, y algunos otros personajes de menor importancia.

Todos estaban contentos, menos Mohín, pues el vizconde no quería saber nada con la tal princesa. Sus pensamientos estaban continuamente en Garafita.

¡Cómo adoraba a su princesa el pobre Mohín! Y por cierto que Garafita lo quería mucho también.

Pero, contento o no, el vizconde tendría que casarse aquel día. Todo estaba ya preparado, y sólo porque al niño se le pusiera que no se iba a casar... ¡Qué esperanza!

V

Los marqueses de Trampolín, padres de Garafita, estaban desesperados. Por más que hicieron diligencias de toda clase no pudieron dar con su hija. La hermosa Garafita desapareció de la noche a la mañana y nadie daba razón de su paradero. Los marqueses sospechaban de la maga Zinzina, pues la vieron rondando la casa la víspera del triste suceso. Mas, ¿por qué la maga les robaría a Garafita? ¿Y con qué fin?

Estas preguntas se hacían por milésima vez los marqueses de Trampolín cuando se les presentó el viejo Epagón.

¡Pobre mago Epagón! Estaba todo arruinado. Se había quedado más pobre que las ratas después que el malo del conde le destruyera su laboratorio.

Con voz débil saludó *ia* los marqueses, y luego les explicó lo que ocurriera con su hija, es decir, confirmó lo que ellos pensaban: la maga había robado a Garafita.

— ¿Y qué es de ella? ¿En dónde está?

— No lo sé — respondió Epagón; — pero muy pronto lo sabré.

Después de una pausa, en que se entretuvo con las pocas barbas que le quedaban, dijo:

— ¿No saben que se casa Mohín con la princesa Tasarí?

— ¡Oh! — exclamaron los viejos marqueses. — Al fin han conseguido lo que deseaban. ¡Pobre Mohín!

— ¿No van ustedes al casamiento?

— No, imposible.

— Vayan. Yo sé por qué lo digo, vayan. Allí van a suceder grandes cosas.

Los marqueses de Trampolín pensaron un poco, se miraron, volvieron a pensar y por fin resolvieron asistir a las bodas.

VI

En una jaulita de alambres la Mosca Dorada se paseaba nerviosamente, estirando más que nunca la trompa y frotándose las patas con furia.

— Esa maga — exclamaba, — esa maga Zinzina tiene la culpa de mi desgracia... Me encerró una vez y pude escapar; pero ahora me parece... me parece que no hay caso.

Y miraba en derredor como pidiendo ayuda.

Su carcelera era una horrorosa Langosta de los sembrados, y de ella no podría obtener nada. Ahí

andaba paseándose, haciendo sonar las serradas patas y observando la jaula por sus cuatro costados.

De pronto se sintió el grito de un Grillo, y no tardó en aparecer el ruidoso animalito, que en seguida se arrojó sobre la Langosta, y tras breve lucha, la dejó desmayada en el suelo. Luego, con una pequeña lima, el vencedor se acercó a la jaula y en pocos segundos cortó los barrotes necesarios para que la prisionera pudiera escapar.

— Vengo de parte del mago Epagón. — dijo el Grillo. — Es necesario escapar de prisa.

La Mosca no necesitaba ese consejo, y sin perder tiempo en dar las gracias a su libertador, echó a volar hacia el palacio del conde Tragavidrios.

VII

Todo estaba listo para la ceremonia del principesco casamiento. La princesa Tasarí, con su traje blanco y espumoso como una nube y su corona amarilla, entró del brazo del conde Tragavidrios al gran salón, donde ya estaban los escribanos esgrimiendo sus largas plumas. Luego aparecieron la reina de Zallivé con el vizconde Mohín, el papá de la novia con la condesa de Tragavidrios y la

demás gente de menor importancia. La maga Zinzina entró al último dentro de un costoso vestido que le había regalado el conde. ¡Qué contenta venía la maga! Bien sabía todo el mundo que a ella se debía la realización de esta boda. Miraba a todos lados con sus ojos de lechuza y no se cansaba de arreglar los pliegues de su vestido.

Cuando todos estuvieron en sus sitios, los escribanos se doblaron sobre sus papeles, y por un momento sólo se oyó el ruido de las plumas, los suspiros de la novia y los taconazos que daba el enojado Mohín.

— A ese mago Epagón — murmuraba mordiéndose los labios, — no se qué le habrá sucedido. Me prometió librarme de esta desgracia, y nada... que esto no tiene ya salida.

La maga se divertía enormemente viendo la cara de Mohín.

— ¡Ah, picarón! — decía para sí; — anda a buscar a tu Garafita. Ahora si que serás rey de Zallivé. Ya trataré de que el rey, tu suegro, deje pronto el trono. Entonces yo mandaré aquí y allá.

— A firmar — dijeron de pronto los escribanos.

Mohín tomó la pluma y lleno de rabia trazó su nombre, desgarrando el papel con la rúbrica.

La maga Zinzina y el conde se miraron, guiñando el ojo.

Empujada por Tragavidrios, la princesa Tasarí se adelantó hasta la mesa, tomó la pluma de

manos de Mohín, y cuando se inclinaba para firmar comenzó a sonreir.

La concurrencia sonrió a su vez, complacida por el buen ánimo de la novia; pero de pronto ésta se echó a reir nerviosamente. Esta risa ya no fué acompañada por los demás. ¿Cuándo se ha visto que una novia proceda de este modo en un acto tan solemne? Eso estaba mal, pero muy mal. Había que obligarla a guardar compostura.

— No ría la princesa, que nadie hace chistes aquí — díjole el conde al oído.

Pero la princesa no podía contenerse.

— ¿Qué tiene Tasarí? — preguntó el conde a la maga.

Se hizo un profundo silencio para escuchar la respuesta, pero no hubo necesidad de que la vieja hablara. De entre las espumosas ropas de Tasarí salió haciendo piruetas la Mosca Dorada.

— ¡Otra vez! — rugió Tragavidrios — Ahora no se me escapará ese maldita que hacía cosquillas a la princesa.

E iba a echar mano de la espada, cuando entró corriendo el mago Epagón.

— ¡Alto, señor conde! — no saque la espada contra la pobre Garafita, su sobrina, trasformada en mosca por la perversa Zinzina.

El asombro invadió a toda la concurrencia. La princesa cayó desmayada en brazos de su mamá; Mohín se arrojó sobre la vieja, sujetándola por

el cuello, y el conde no sabía si perseguir a la Mosca o degollar a Epagón.

— Te mando, bruja horrible, — rugió Mohín haciendo temblar los cortinajes — que vuelvas a lo que era a mi adorada Garafita.

— ¡No! — gritó el conde.

— ¡Sí! — exclamaron al mismo tiempo los marqueses de Trampolín, que acababan de llegar, sudorosos y con las ropas desgarradas.

El conde bajó la cabeza confuso ante los papás de Garafita.

Se hizo un corto silencio, en el que sólo se oía el zumbido de la Mosca Dorada por encima de la concurrencia.

La vieja Zinzina, casi estrangulada, tenía los ojos vueltos hacia el conde, como preguntándole, qué debía hacer.

Tragavidrios comenzó a sentir remordimiento ante la mirada angustiosa de los marqueses de Trampolín, y dejando caer los brazos, movió la cabeza afirmativamente.

Entonces Mohín soltó a Zinzina. La maga levantó la cabeza hacia la Mosca Dorada, que seguía revoloteando; tomó una mano a Mohín, la solpló, y en ella vino a posarse la Mosca. Mas, al tocar la palma del vizconde, éste sintió la suave y tibia mano de su adorada Garafita, que de pie a su lado, sonreía resplandeciente de juvenil belleza.

Los marqueses de Trampolín, locos de alegría, abrazaron a su hija y a Mohín, y luego hizo lo mismo el resto de la concurrencia, menos los reyes de Zallivé y la princesa Tasarí, que acababan de salir del palacio, llenos de despecho, para dirigirse en seguida a su país.

Pasadas las demostraciones de regocijo, los escribanos, que son gente de poca paciencia, dijeron con la pluma en alto:

— Aquí falta una firma. Esto no puede quedar así.

El mago Epagón, a pesar de su vejez, se precipitó hacia la mesa, tomó una pluma, se la dió a Garafita, y, mientras ésta escribía su nombre al lado del de Mohín, cogió por los cabellos a la maga Zinzina y salió llevándola a la rastra.

Como a veces el conde era hombre sensato, aceptó de buen gana el cambio de nuera, y ordenó que se celebraran las fiestas como si ese cambio no hubiera ocurrido; y así, en el banquete con que ellas dieron comienzo, pudo, después de mucho tiempo, saborear los deliciosos platos que preparaban sus cocineros, pues la terrible Mosca Dorada, en lugar de andar aturdiéndolos con sus impertinencias, estaba a la cabecera de la mesa mirando con sus ojos de cielo al vizconde Mohín y a su terrible papá, de cuya espada logró escapar un día en el laboratorio del mago Epagón.

Queridos niños: este cuento nos enseña que

si aun los seres más pequeños e indefensos poseen medios eficaces para conseguir lo que noblemente se proponen, ¡cuánto más lo podréis vosotros con los dones que la naturaleza ha prodigado en su maravillosa obra: el hombre!

CRISTALINA, LA HIJA DEL RIO

I

Petraldo, el famoso capitán de los roqueños, apoyó sus robustos brazos, adornados con relumbrantes anillos de bronce, en el borde del ventanal, y se quedó un momento mirando la vasta extensión de sus dominios.

A su lado estaba Jaspino, su hijo, hermoso y fuerte como el capitán, y sus vestiduras multicolores reflejaban la luz del sol que acababa de levantarse sobre la enorme montaña del Naciente.

— Jaspino — dijo de pronto Petraldo señalando con el índice, — en aquel sitio voy a mandar edificar el nuevo palacio de las Rocas.

— ¿A lado del Río?

— En su mismo cauce. Allí, entre las montañas del Naciente y del Poniente, estará el palacio como una joya maravillosa.

Jaspino meditó un momento jugueteando con los negrísimos cabellos que le caían sobre los hombros, y alzando los ojos grandes y profundos balbuceó:

— Es buena la idea; pero ¿consentirá el Río la ocupación de sus terrenos?

— Me extraña mucho lo que dices, Jaspino. Cuando el capitán Petraldo dispone algo, ese algo ha de cumplirse. Si el Río no está conforme, peor para él. A la fuerza tendrá que irse por otro lado.

Desde el alto ventanal del antiguo palacio de las Rocas, el capitán Petraldo arrojó una mirada desdeñosa sobre el Río que mansamente corría entre los tranquilos follajes de sus orillas. El sol daba en sus aguas y las plateaba con una lumbre alegre. Mojando la punta de las alas muchas avecillas pasaban sobre él, y desde la distancia parecían inquietas y coloreadas mariposas.

El capitán dió una gran voz y se presentó un guardia cubierto de chispeante armadura de pedernal.

— Que venga el jefe de los albañiles.

El guardia sin decir palabra salió golpeando con sus duros pies el pavimento de mármol blanco veteado de rojo.

No tardó en presentarse el jefe de los albañiles.

— ¿Qué mandáis, famoso capitán?

— Mando que mañana a primera hora se empiece a edificar el nuevo palacio de las Rocas en aquel punto.

— Por ahí pasa el Río, capitán.

— ¿Os he preguntado eso?

— No... pero...

— Mando y basta.

— Bien, famoso Petraldo.

El capitán de los roqueños se volvió hacia su hijo.

— Jaspino: tú te encargarás de elegir el material. Ya has estudiado lo suficiente y estás en condiciones para esto.

— Así es, padre.

— Puedes retirarte.

Ya en la puerta, Jaspino se detuvo indeciso.

— ¿Qué deseas?

— No sería bueno advertir al Río... o por lo menos...

— Sí. Envía un emisario hoy mismo. El capitán de los roqueños es un caballero y estoy contento de que su hijo lo sea.

Cuando Jaspino y el jefe de los albañiles se retiraron, Petraldo se apoyó de nuevo en el ventanal y una sonrisa de satisfacción le iluminó el oscuro y barbado rostro.

II

En el salón de las Audiencias, el capitán Petraldo, sentado en su elevado sillón de cuarzo, levantó la cabeza y frunció el ceño cuando un guardia anunció:

— Deslizante, el padre del Río.

Todos los altos jefes roqueños dirigieron la vista hacia el gran portal con colgaduras de enhilados zafiros, las que en seguida dieron paso a un venerable anciano. Con lento andar se adelantó hasta el centro del salón y se detuvo ante el capitán de los roqueños.

Tenía ceñido a la cintura un delicado tejido de ramas tiernas cuyas hojas mojadas hacían brillar en sus extremos una temblorosa gota de agua. Cubríale las piernas una malla de blanquísima arena, y del cuello le pendía una hilera de lucientes escamas. Las barbas y la cabellera eran delgados juncos, y en los ojos grandes y claros las estrellas le habían dejado su imagen, como lo hacen en las aguas tranquilas de los lagos.

— Os he mandado llamar para anunciaros que mañana se dará principio al palacio de las Rocas.

— Me alegro mucho, capitán.

— Y el sitio escogido por mí es el propio cauce del Río.

Las barbas de Deslizante se estremecieron.

— ¿No pudisteis elegir otro lugar? ¿No sabéis que mi hijo, el Río, desde hace miles de años camina por allí?

— Lo sé, pero soy Petraldo y basta. Id y avisad a vuestro hijo mi resolución.

— ¿Lo habéis pensado bien?

— Sí.

— Me parece que no. El capitán Petraldo ignora...

No pudo seguir el viejo padre del Río, pues

una voz potente retumbó por el salón de las Audiencias.

— Yo no ignoro nada. ¡Aquí mis guardias! Sacad a este insolente en el acto.

Pero antes que se cumpliera la orden, el anciano desapareció de la vista de los sorprendidos roqueños.

III

Al amanecer del siguiente día miles de roqueños, dirigidos por el jefe de los albañiles, iniciaron la construcción del palacio de las Rocas.

Ante todo había que detener las aguas del Río, y para ello se utilizaron enormes peñascos, cada uno de los cuales era trasportado por doscientos roqueños.

Como se trabajaba de prisa, cerca del mediodía una especie de colina de muchos metros de altura cerraba el paso de la corriente.

Hacia abajo, el cauce parecía un largo camino arenoso que por los fuertes rayos del sol no tardó en secarse por completo, y por el otro lado las aguas, aquietadas por el obstáculo puesto por los roqueños, semejaban un tranquilo y silencioso estanque,

Cesó el murmullo del Río que desde hacía miles de años alegraba el país de los roqueños, y lo reemplazaron los ruidos ensordecedores de los picos, martillos y palas que afanosamente manejaban los constructores del palacio.

Espantadas las aves por tanto estrépito, huyeron piando penosamente, y cuando a la tarde se suspendieron los trabajos, un gran silencio pesaba sobre el Río cortado y los montones de piedras para la construcción.

Tres días después, un imponente edificio alzaba sus agudas torres en una de las cuales ondeaba la bandera del capitán Petraldo.

Desde el antiguo palacio de las Rocas el capitán seguía atento la marcha de los trabajos, y al atardecer del tercer día contemplaba satisfecho la obra, rodeado por los roqueños más importantes entre los que se hallaba su vijo Jaspino.

Por primera vez en aquel año Petraldo se reía con fuertes carcajadas y hasta hacía ligeros chistes.

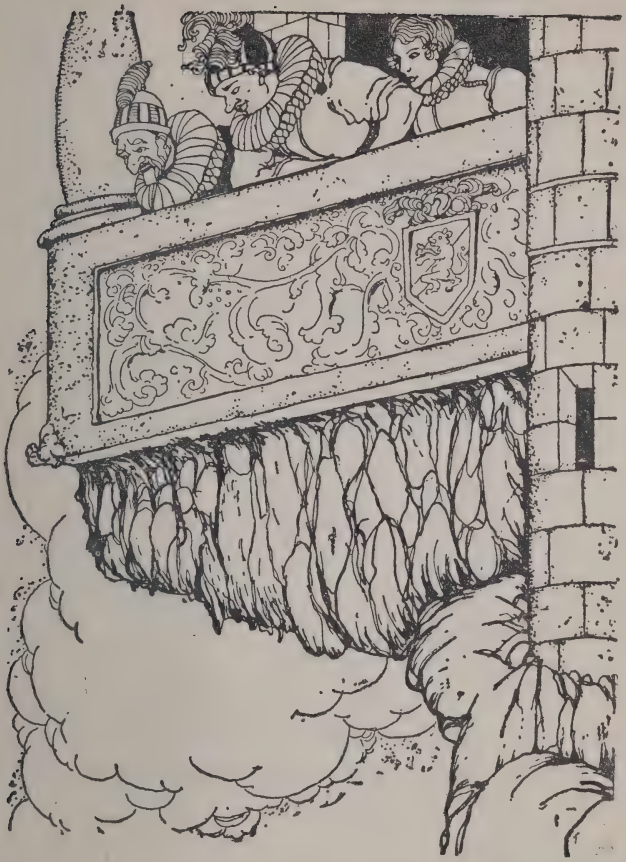
Su hijo, que conversaba con su viejo Maestro en minerales, parecía algo preocupado y por momentos dirigía la vista hacia las inmóviles aguas del Río.

Entretanto, la noche había llegado y las estrellas alumbraban vagamente el dilatado paisaje.

De pronto, Jaspino exclamó:

— ¡Mirad!

— ¿Qué hay? — dijo el maestro fijándose en el punto que indicaba el joven.



(Dib. de Lamo)

En ese instante el capitán se acercó...

— Esa forma blanca que se desliza sobre las aguas.

En ese instante el capitán se acercó.

— ¿Qué hacéis aquí, apartados? Hablando de metales, ¿eh? Pero... ¿qué es lo que mirais?

El brazo de Jaspino se extendió lentamente.

Petraldo se restregó los ojos:

— Una forma blanca se mueve allí.

— Maestro, ¿podeis explicarme esto?

— No me es posible, capitán.

— ¿Será algo peligroso?

— Así lo creo.

— ¡Jaspino! — gritó Petraldo. — Reune los guardias de los hachones y corre hasta el valle.

El joven salió rápidamente, y unos instantes después una larga columna de roqueños con humeantes antorchas descendía a escape por la falda de la montaña.

Llegados al montón de peñascos que cruzaba el cauce, Jaspino lo escaló ágilmente, seguido de cerca por los guardias.

Las aguas tranquilas no ofrecían nada de extraordinario. Como un espejo reflejaban la luz de las estrellas.

— Esperemos — dijo el hijo de Petraldo con el pecho agitado por la carrera.

No se oía más rumor que el de las antorchas chisporroteantes y el chapotear de algún guijarro al caer sobre las aguas.

Jaspino observaba receloso. A sus espaldas, el

palacio destacaba su mole gigantesca y estaba silencioso como el Río.

De repente, una voz, al principio muy débil, corrió como un hilo de seda por el aire nocturno.

Alguien cantaba.

Los hombres inclinaron las cabezas, atentos.

El canto fué haciéndose cada vez más claro. Era suave, penetrante, con notas largas y onduladas como de violines.

— La hija del Río — decía el canto — va a nacer pronto. Se llamará Cristalina, porque sus vestidos serán de líquidos cristales. Sabrá danzar, y danzando alegre cantará sin descanso como las avecillas del valle. Cristalina, la hija del Río, va a nacer.

El canto cesó. Una nubecilla blanca apareció sobre las aguas, y como impulsada por leve soplo, se acercó a los peñascos.

Jaspino ordenó juntar las antorchas, y a su fulgor creyó ver una cabellera y dos puntos de celeste luz.

Luego la nubecilla se borró lentamente como absorbida por el Río.

El hijo del capitán y sus guardias siguieron observando hasta el amanecer, y cuando las primeras claridades del día alumbraron el cielo, regresaron a dar cuenta de lo ocurrido.

Petraldo escuchó lo que su hijo le contaba, pero no le dió mayor crédito.

— Deben ser visiones — dijo, — y el capitán de

los roqueños no cree en visiones. Preparáos para la fiesta de esta noche, con que inauguraremos el palacio de las Rocas.

— El canto decía que una hija del Río va a nacer — aseguró Jaspino.

— Pues, que sea enhorabuena. La invitaremos a la fiesta.

Y, riendo, el capitán de los roqueños se dirigió al salón de las Audiciencias, donde tenía que despachar importantes asuntos.

IV

Si el palacio de las Rocas era imponente por fuera, su interior era magnífico. Un grueso libro no bastaría para describir los espaciosos salones iluminados noche y día por lámparas que tenían por mecheros las más raras y preciosas piedras, cuyos fulgores salían de su propio seno. Los castillos encantados, las mansiones de las hadas, las moradas de los reyes antiguos, eran humildes casuchas comparadas con el nuevo palacio de las Rocas.

La noche de la inauguración todos los roqueños ataviados con sus mejores vestidos, fueron llegando en alegres grupos, y cuando el capitán dió la

señal, se acomodó cada cual en su sitio, a lo largo de bien servidas y deslumbrantes mesas.

Jaspino, sentado a la derecha de Petraldo, estaba próximo a una de las ventanas que daban al peñasco desde donde oyera el canto misterioso, y hacia aquel lugar vovía el rostro como si esperara algo que inevitablemente debía suceder.

Otro también estaba nervioso como Jaspino, y miraba ora al joven de la negra cabellera, ora hacia la ventana por donde un suave viento, venido de la lejanía, le agitaba dulcemente las blanquísimas barbas. Era el Maestro en minerales, que por momentos meneaba la cabeza murmurando:

— Demasiado cerca... demasiado cerca...

Jaspino decía a su vez:

— Yo he visto los ojos celestes de la hija del Río que va a nacer.

Los demás, completamente despreocupados, charlaban y reían bebiendo los más exquisitos vinos, tanto que a la media noche casi todos estaban ebrios.

Jaspino no había bebido ni una gota, ni comido bocado.

El capitán no se percataba de ello, empeñado en dar ejemplo de entusiasmo y regocijo. Por segunda vez en aquel año, el barbudo y fuerte Petraldo se reía y decía sus chistes.

— A ver, Jaspino, si nos presentas a la hija del Río. ¿No dijiste que iba a nacer? ¡Ja... ja!...

La hija del Río... Como para tener hijas lo hemos dejado.

Una serie de carcajadas aprobaron lo dicho por el capitán, pero de pronto todos los roqueños enmudecieron.

Sin que nadie supiera cómo ni por donde, había entrado, y estaba de pie, detrás de Petraldo, el viejo Deslizante con sus barbas de apretados juncos.

— Capitán — dijo con voz sonora el padre del Río; — aquel día me dijiste que nada ignorabas, y luego ordenaste que me arrojaran de tu casa. Pues ahora te digo que algo ignorabas, y ese algo lo vas a saber.

Y desapareció.

En ese instante, Jaspino y el Maestro dieron un grito:

— ¡Mirad!

Los roqueños se amontonaron en las ventanas, con los ojos agrandados por el asombro.

Sobre los peñascos que detenían las aguas se agitaba una gran forma blanca. Ora se estiraba semejando un rizado encaje, o se elevaba como un fantasma que hiciera ondear en el aire oscuro sus amplias y níveas vestiduras.

Luego, entre un rumor como el de las hojas movidas por el viento, se elevó un canto como el que oyeran Jaspino y los guardias de los hachones.

— La hija del Río está naciendo — decía el

canto. — Cristalina es su nombre, porque sus vestidos son líquidos cristales. Cristalina danzará sin descanso noche y día. Bajo las estrellas o a la luz del sol, Cristalina danzará sobre las piedras que los enemigos de mi padre pusieron en su camino.

Después de un corto silencio, la voz se extendió poderosa, y los ecos de las montañas la repitieron largamente.

— ¡Ah, los del palacio! Huid, que Cristalina nace. Huid, que sus brazos de espuma sonora os destruirán.

Y los brazos de espuma sonora de la Cascada recién nacida comenzaron a agitarse, empujando los altos peñascos y haciéndolos rodar hasta el pie del palacio de las Rocas.

Llenos de terror, los roqueños se lanzaron en precipitada fuga, volcando las mesas y desgarrando los cortinajes.

El capitán Petraldo se revolvía furioso, dando alaridos y terribles puntapiés a las sillas, que volaban estrellándose contra las paredes de mármol.

— ¡Aquí mis guardias! — bramaba con los labios mojados aún por el vino.

Pero como nadie acudiera se echó a correr de un salón a otro hasta que encontró a Jaspino, que miraba como fascinado el desbordamiento tumultuoso de las aguas.

— ¡Jaspino!

— Padre — le respondió el joven sin mirarle:

(Dib. de Lamo)

Deslizante, el padre del Río.

—he aquí la hija del Río. Dijo que vendría y ha venido. Ahora cantará para siempre entre las montañas y en mi corazón. Capitán Petraldo: os presento a Cristalina. Dice que trae la destrucción en sus brazos de espuma, mas para mí trae la vida. Yo la amo porque su canto es puro y fresco como las aguas del Río y alegre como las aves del valle.

Los ojos del capitán le daban vueltas con rapidez cuando dijo:

— Te mando que corras hacia la montaña. Mi hijo vale más que todas las Cristalinas del mundo, y sus ropas de jaspe no serán tocadas por las traidoras espumas de la hija del Río.

Y se lanzó sobre el joven extendiendo los poderosos brazos adornados con lucientes anillos de bronce.

No llegó a alcanzarlo pues otros brazos, más fuertes que los suyos, le detuvieron por los hombros.

Por segunda vez el viejo Deslizante se aparecía de improviso.

— El valiente Jaspino se quedará aquí para siempre — dijo agitando los juncos de su barbas en los que brillaban pequeñas flores nuevas. — Yo llevaré al capitán Petraldo a la montaña.

El viejo levantó al roqueño como una pluma y ambos desaparecieron entre los desgarrados continajes de los salones.

V

Algunas horas después el palacio de las Rocas se desmoronaba estrepitosamente sobre la tumultuosa corriente del Río.

La furiosa Cascada había minado rápidamente la base de los pesados muros, y cuando el alba desparramó sus luces tranquilas por el cielo, no quedaban del palacio sino dispersas piedras en cuyo rededor el Río formaba risueños oleajes.

¿Qué había sido del valiente Jaspino?

El viejo Maestro, que sentía tanto como el capitán la dolorosa pérdida, explicó lo que había ocurrido aquella noche. Desde una torre del antiguo palacio, rodeado por Petraldo y muchos ilustres roqueños, señaló con tembloroso ademán hacia el valle y dijo:

— ¿Véis esas flores lucientes que esmaltan los altos peñascos por donde brinca alegremente la Cascada? Pues bien: son los vestidos de Jaspino. Alguna mano misteriosa los fué desgarrando de trecho en trecho, y, aunque me da pena, no puedo menos de deciros que el fuerte Jaspino sufrió la misma suerte.

El fiero capitán inclinó la cabeza apesadumbrado, y por primera vez en su vida una lágrima le brilló en el curtido rostro.

Entretanto el sol se había levantado sobre las montañas y sus rayos parecieron agruparse en el punto del Río donde las aguas se despeñaban envueltas en graciosos tejidos de espuma.

Los colores del iris dibujaban en ellas sus fantásticas arcadas, y desde la distancia, el rumor de la Cascada era vasto y musical.

Desde los follajes lejanos llegaban miriadas de avecillas, que, juntando sus sorprendidos y alegres cantos, se posaban en las piedras dispersas por el Río o se alzaban en rápidas curvas pasando por entre el polvillo que se levantaba del agua al chocar en las aristas de las rocas.

Los roqueños miraban entre asombrados y entristecidos este maravilloso espectáculo, cuando uno de ellos exclamó:

— ¡Jaspino!

En efecto, el joven de la negra cabellera y los ojos profundos estaba de pie en medio de la Cascada, con los brazos tendidos hacia las espumas bullidoras y musicales. Por entre ellas salió una hermosísima niña y cuando se acercó a Jaspino, saltando graciosamente, las aguas del Río se detuvieron y quedaron silenciosas como un lago.

Cristalina, la hija del Río, rodeó con sus brazos de nácar al hijo del capitán y por tercera vez las notas onduladas de su canto vibraron en el aire purísimo del valle.

El capitán alzó la voz colérica mandando a sus guardias que corrieran a salvar a Jaspino;

pero mientras los rudos roqueños bajaban a la carrera a cumplir la orden, se agitó de nuevo el río, Cristalina volvió a ser la presurosa Cascada y Jaspino desapareció, dejando en los peñascos sus vestidos de jaspe deshechos en refulgentes placas.

Y desde entonces Cristalina, la hija del Río, alegra con su canto y sus colores el montañoso país de los roqueños, y una vez cada cien años, a la hora en que el sol se levanta sobre la montaña del Naciente, las aguas se detienen, las avecillas suspenden sus trinos y aparecen de nuevo Jaspino y Cristalina, siempre jóvenes, como la luz del astro que los alumbra.

Porque habéis de saber, queridos niños, que en los lejanos tiempos de esta historia, como en los actuales y en los venideros, las duras rocas opuestas al paso de las tranquilas corrientes no las detienen; al contrario, dan lugar al nacimiento de maravillosas cascadas, y otro tanto deberá suceder en vosotros cuando encontréis en la vida el áspero y pesado obstáculo: multiplicad entonces vuestras energías, haced todo el esfuerzo de que sois capaces y resultaréis los creadores de nuevas Cristalinas, que son las obras que los seres humanos estamos obligados a realizar para llegar al mayor Bien y a la más perfecta Belleza.

INDICE

	Pág.
Pedrito	9
Los tres amigos	29
Los dos talismanes	51
Verdín y los cazadores de Magraz	69
Cabeza de madera y los ratones músicos	87
Clarisa y el enano ingenioso	111
El eteróscafo del sabio Fircuz	133
Florián	155
Garafita	171
Cristalina, la hija del río	191

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028295041